

La Esfera

27 Octubre 1917

Año IV.—Núm. 200

ILUSTRACION MUNDIAL



RETRATO DE "EL PRIMO" (Bufón de Felipe IV), cuadro de Velázquez, que se conserva en el Museo del Prado

DE LA VIDA QUE PASA
LAS ILUSIONES

EN un discurso pronunciado en la Cámara francesa, el ex presidente del Consejo de ministros, hablando de la guerra, gritaba: «La ilusión no es una fuerza».

Y la Cámara entera aplaudía el apóstrofe y el gesto del gran orador, como el público de los teatros aplaude los vibrantes sofismas y las frases efectistas, que encubren su falsedad bajo las pompas sugestivas de la forma, con que algunos autores ilustres le deslumbran en las apasionadas noches de estreno.

Para M. Ribot y sus oyentes, que asentían á la rotunda afirmación, la ilusión no es una fuerza.

Y á pesar de esa unanimidad de criterio de los eminentes legisladores, sobre el palacio de Borbón, sobre todo París, sobre toda Francia, flota la ilusión como el alma vigorizadora de un pueblo, que encuentra en la ilusión fuerza tenaz y perseverante para dominar sus depresiones y hacerse superior á sus desventuras.

El derecho, la justicia, la libertad, la fraternidad, la igualdad, que como otras tantas señeras flamean al viento en los mares y en los continentes, sobre la gigantesca cruzada de las naciones beligerantes, ¿qué son sino ilusiones impulsoras de una fuerza?

La muerte de la ilusión es como una muerte moral.

La ilusión hizo grande á Alejandro, y emular la gloria del Macedón á César, y pretender superar al vencedor de las Galias á Napoleón.

Por las grandiosas páginas de Plutarco, por los severos Anales de Tácito, por las graves historias de Tito Livio, se desbordaban, cual propulsores de hombres y de pueblos, los sueños de dominación y de grandeza.

Uno de los momentos más bellos de la vida de Octavio después de conquistar la tierra de las Pirámides, es aquel en que, deshojando flores sobre las cenizas de Alejandro, se postra soñador y murmura: «¡Por un día, sólo por un día, préstame tu grandeza!», y creyó escuchar como una música divina que le respondía: «Tú cerrarás el templo de la guerra y serás Augusto».

La ilusión de la gloria es el yunque en que se forjan los héroes; la cantera en que se tallan los artistas del Partenón, de las catedrales, de la Capilla Sixtina, de las pinacotecas; la chispa que prende en el intelecto de Platón, de Shakespeare, de Cervantes.

El inmortal li-

bro de Cervantes es el símbolo de la vida humana. Mientras la ilusión se agita en el cerebro del incomparable caballero, su existencia es un cielo de delicias, á pesar de las rudezas con que la realidad le atormenta; pero cuando acaban sus sueños, cuando Dulcinea desaparece en las lejanías del ideal, y los encantos se hunden en las simas de la burla, y las empresas se despojan de su disfraz señorial, y las églogas se encarnallan, entonces acude la realidad zafia y plebeyá á la mansión del estupendo visionario, acude á cerrarle los ojos presurosa para que no la contemple, porque no se considera digna de honor tan excelso.

La ilusión, sólo la ilusión, es la vida, parece gritarnos el inmenso Cervantes como corolario de su obra.

Y luego, en otro rincón del mundo, le responde Shakespeare por boca de Otelo y Desdémona, de Romeo y Julieta, y de tantos otros personajes: «La ilusión es la vida».

Y Calderón en los cincelados versos de su obra más genial, y Goethe en las sentimentales y sugestivas divagaciones de *Werther*, y los filósofos de todos los siglos, y los escritores de todas las edades, y los grandes capitanes, y los legisladores, y los sabios, y los descubridores, todos proclaman que la ilusión es la vida, que la ilusión es una fuerza.

¡Con qué profundo sentimiento lamenta Emerson el pugilato de los hombres de Nueva Inglaterra por la conquista del oro y el abandono de toda idealidad y de toda ilusión!

Sus maravillosos consejos á la juventud de América constituyen el canto más sublime que se haya entonado en el mundo para excitar la vigorización de la espiritualidad humana.

—¿De qué os servirán vuestras riquezas si no poseéis el tesoro de esperanzas y de ilusiones que hacen amable la vida?—dice.

Y luego añade: «La fiebre de los negocios absorberá vuestra existencia y os despeñaréis en la tumba sin haber conocido la felicidad verdadera.»

El eco de las palabras de Emerson repite también ahora, por boca de los modernos sabios americanos, esos mismos conceptos, como gritos angustiosos de un pueblo que ha perdido el más noble prestigio de su alma, inmolándolo á la más baja condición de las ansias materiales.

«Por las realidades—exclama un gran escritor francés—no se matan los hombres y los pueblos. Unos y otros necesitan un ideal que levante sus corazones, como el creyente necesita de un Dios que le fortalezca en las adversidades, le prodigue resignación en los dolores y le inspire el consuelo de la esperanza en el infortunio.»

Borrad de la vida las ilusiones y con ello apagaréis la luz que culmina en el cielo de la dicha humana y extinguiréis la lámpara que arde eternamente en el santuario del ideal.

No hagáis lo que el fanático Omar, cuando, al destruir las joyas intelectuales de la famosa biblioteca, decía, estrechando en sus manos el Corán: «Las pulverizo, porque todo su valor se halla contenido en este libro».

¿Dónde encontrar valores de estimación tan alta que puedan contender con la fuerza de las ilusiones?

Porque la ilusión es uno de los más poderosos incentivos de la voluntad.

El acto imaginado es ya acto. Acto en marcha que necesita el impulso de la voluntad y la atracción luminosa y sugestiva de la ilusión para cristalizar en un fin concreto.

En la proa de la carabela de Colón iba la ilusión marcándole el rumbo soñado de las Indias orientales y descubrió América.

¡Cuántos y cuántos, siguiendo la ruta que les señalaba una ilusión, han arribado á la tierra de sus sueños!

R. Hernández Bermúdez



LA MUERTE

Me olvidó la que fué mi dulce dueño
y quise yo con ansia delirante,
el que creí mi amigo más constante
tan me olvidó como se olvida un sueño.

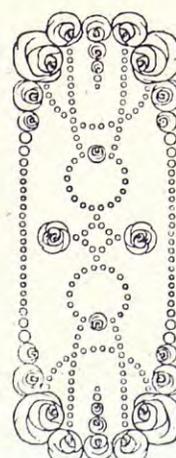
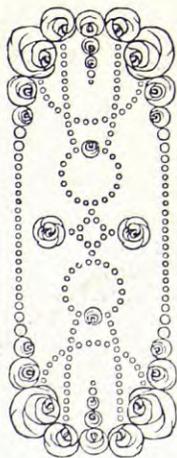
A quien favorecí con más empeño
me olvidó en menos tiempo que un instante,
todos, sí, menos tú, que eres amante
que no sabe olvidar, ni yo desdén.

Serás mi último amor, fría enlutada,
Mesalina sin carne y desdentada,
que al llamarte no acudes oportuna.

Meretriz que te entregas á porfía,
¿venes ya ó no?—¡Bien poco me importuna!—
Ven cuando gusies. Sé que has de ser mía.

Fernando WEYLER

DIBUJO DE MARÍN

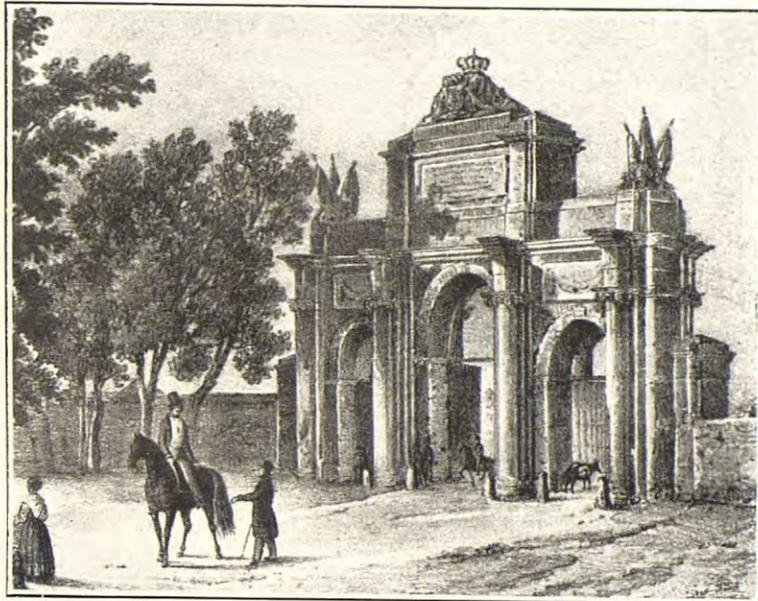


LA VILLA Y CORTE
LAS PUERTAS DEL RETIRO



Puerta de San Vicente

(Estampas conservadas en la Biblioteca municipal)



Puerta de Atocha

Los días pasados tuvo el Centro de Hijos de Madrid la gentileza de invitar al cocido clásico á los más de los coronistas de la villa matritense. Yo alcancé la honra de sentarme junto á los maestros Zozaya, Castell, Répide y Dorado.

Durante la comida no se habló de otra cosa que de Madrid, y todos estuvimos conformes en que quien dijo de Madrid al Cielo, habló, como si se dijera, leyendo el Santo Evangelio.

Trajéronse á cuento crónicas y leyendas; hizo-se un paseo retrospectivo por los antañones lugares; loáronse los famosos hechos; comentáronse las pasadas grandezas, é hicieronse notables proyectos para su futuro engrandecimiento.

El alcalde presidente no era quien menos entusiasmos tenía, y desarrollaba ampliamente sus planes, que eran una bella y envidiable promesa; ¡pluguiera al cielo que fuese realidad firme alguna vez!

Junto á mí, un entusiasta madrileño y notable novelista, Fernando Mora, rezongaba dudando de la buena fe de Su Excelencia, y fué el único que, con audaz cortesanía, tuvo arrestos para censurar varias de sus inspiraciones. Picóse, como decirse suele, el Sr. Prado y Palacio, y tuvo un grande empeño en mostrarnos sobre el terreno lo que está dispuesto á hacer por el embellecimiento de Madrid.

En el alma de todos estaba clavada esa aguda espina de destrozar el *parterre* del Retiro para hacer un paseo de automóviles, y ello fué pie para que Su Excelencia cantara su programa municipal en defensa de la ornamentación matritense.

Allá nos fuimos, y sobre el terreno pretendió demostrarnos que el proyecto era magnífico y no había menester de talar ningún árbol.

En efecto, no es necesario; los paseos laterales á la puerta irán á fundirse en uno, en la parte alta del *parterre*, y tienen ya de suyo la anchura suficiente, de modo que no hay que tocar ni uno de los magníficos árboles de los linderos, si otra cosa no dispone el jardinero municipal, enemigo mayor del árbol.

ooo

La magnífica puerta ornamental traída ahora desde el olvido á engalanar de nuevo los vergeles del Buen Retiro, es pieza verdaderamente notable, así en su parte arquitectónica como en la histórica, pues labrada fué para conmemorar un matrimonio regio, siquier fuese el de uno de los monarcas más lamentables que ha sufrido la nación hispana, D. Carlos II de Austria, que en 1690 casó en segundas nupcias con Doña María Ana de New-

burgo, dando á España con este enlace más sabores que venturas.

Para conmemorar este momento, desdichadamente histórico, y hacer un homenaje á la egregia novia (que después habría de ser madrastra de la nación), quiso la Villa levantar esta puerta á la entrada de los jardines del Buen Retiro, muy cerca de donde ahora va á triunfar nuevamente.

En la parte alta tiene esculpidos, de manera maravillosa, por ignorado artífice, los escudos de Madrid y de la Casa de Austria, y una ampulosa inscripción latina que recuerda el bodorio. ¡Lástima que muchas veces, para conmemorar desdichas nacionales, se levanten magníficos monumentos!

Andando los años, la Puerta *Coronela* (que así se llamaba), fué arrancada de su sitio y se

arrinconó en un lugar solitario. Milagrosamente se ha librado de que algún *digno* concejal (de los que de ordinario sirven como burla y desprestigio del Ayuntamiento) la aprovechara para hacer adoquines, que esta suerte han corrido otros monumentos notables que fueron en un tiempo joyas arquitectónicas en la capital de España.

ooo

El Retiro es uno de los más bellos jardines de Europa; propiedad real fué en otra época, y el monarca más abominable, pero también el más querido de la plebe, le cedió al pueblo.

La Villa no ha cuidado muy bien el regalo; lo menos que podía haber hecho era respetar su tradición, y no se le dió mucho de ella.

Ha consentido que manos zafias profanaran aquellos magníficos lugares, talando árboles centenarios ó acicalando la espléndida plantación, como si la Naturaleza fuese dama presumida que necesita de peluqueros. No se le ha importado de que espíritus romos, incapaces de todo ideal, arrasaran soberbios boscajes para hacer campos de deportes.

Ahora puede ser tiempo de que se vayan reparando los olvidos; parece que, mirando las desdichas presentes, nos ha entrado un amable afán de volver los ojos á las cosas pasadas; cada día se advierte más entusiasmo por recordar lo que fué.

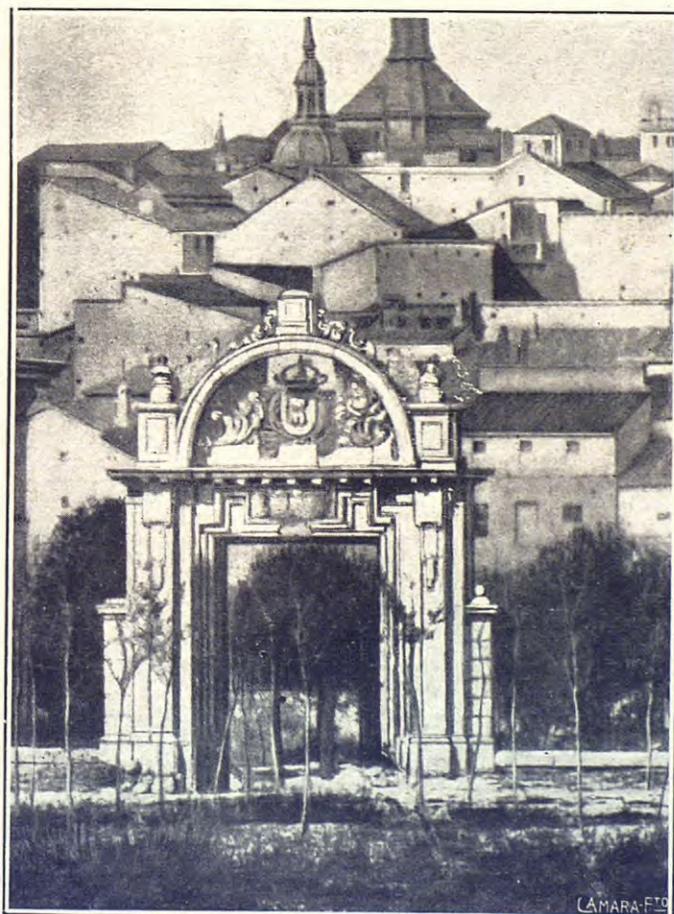
¿No fuera bueno que la Villa cuidara de su jardín dignamente y volviérale un poco de su viejo prestigio? No más paseos para coches y automóviles, sino cuidar lo que hay y embellecerlo con amor y orgullo de ser dueña de tan soberbia propiedad, y en cada una de sus puertas poner las que se demolieron y conserven arrinconadas en los almacenes ó parques del Concejo.

Muchas de ellas desaparecieron enteramente; pero de aquellas que fueron notables y andan en las páginas de crónicas y tradiciones, podría hacerse un artístico traslado que viniera á servir de adorno á tan singular recinto.

De esto tuvimos el honor de hablar al alcalde Répide y yo, y él mostróse muy conforme, tanto, que hizo promesa muy formal de cerrar la entrada del *Ángel Caído* con una reproducción de la Puerta de San Vicente, que aún hemos conocido en nuestros tiempos alzada á la entrada de la cuesta del mismo nombre.

Torne un poco el pasado á quitarnos la pesadumbre de la prosa actual, y demos á ese vergel deleitoso la grandeza que le corresponde.

DIEGO SAN JOSÉ



Puerta del Retiro ideada por Alonso Cano (1853)



CREPÚSCULO

Tenues claridades de melancolía
que alumbráis con débil llama los jardines
de esmeralda y rosa, donde el sol ponía
sombras regaladas, mientras encendía
besos en las huellas de ágiles chapines.
Perdurad brillando sobre este misterio
de mudas estatuas y calles desiertas,
en que es cada arbusto fingido salterio
con claros adornos de flores abiertas.
Jardín cortesano de limpios espejos
que rompen los cisnes, dejando á la zaga
partidos topacios y rotos reflejos

que entre ondas aviesas el céfiro apaga,
¿dónde están las majas de lascivas bocas
que brindando besos cantan madrigales
y llorando enconos, ríen como locas
frívolas romanas en las bacanales;
las que por tus sendas pálidas vagaban
cubiertas de encajes y ricos brocados,
mientras sus galanes las embelesaban
con versos mal hechos y bien declamados?
¿Dónde el currutaco de facha caduca,
charla sempiterna y alto valimiento,
que sólo contaba bajo su peluca

con un poco de aire por todo talento?
¡Damas!, ¡figurones!, ¡luces!, cuanto alegra
la vida del hombre, marchó con el día,
y la noche larga, misteriosa y negra,
sucede á las horas de melancolía.
Sólo queda en lo alto de la escalinata
del palacio, un triste fulgor vespertino
que envuelve en sus haces de viva escarlata
á un vate que sueña y ansioso recata
las varias estrofas de un canto divino...

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAA

DIBUJO DE RUANO LLOPIS

EL REY EN SU DESPACHO



La figura de Don Alfonso XIII adquiere un vigoroso relieve cuanto más difíciles son para España las circunstancias de su política interior y exterior. En el momento actual, ante la crisis y el fracaso de los partidos políticos y ante la inmensa conmoción europea, el pueblo vuelve los ojos hacia el Rey, demostrándole que en los instantes más supremos, cuando

todo se agita y se conmueve, amenazando derrumbarse, tiene absoluta confianza en su serenidad, en su talento y en su patriotismo. De las altas virtudes que adornan á Don Alfonso XIII puede esperarse el resurgimiento de la España nueva, libre, fecunda y grande. La Historia, juzgadora definitiva de los actos humanos, hará al Rey la debida justicia.

POT. CAMPÚA

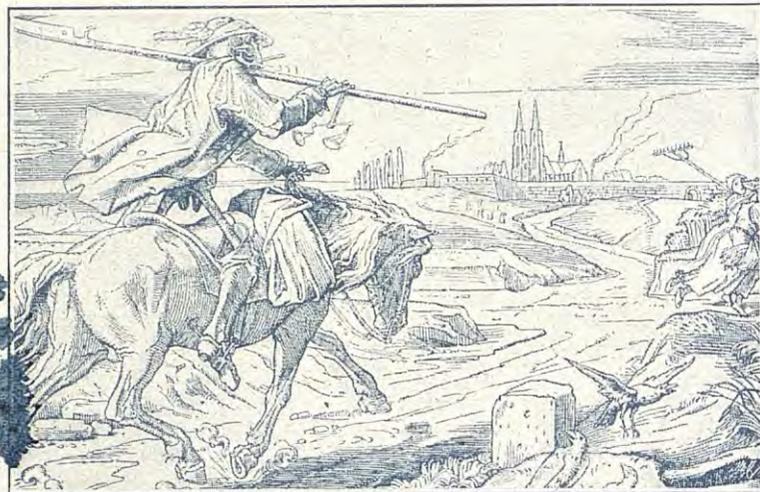
CAMARA F. 2

LA MUERTE Y LA REVOLUCIÓN

(Adaptación de un poema alemán)



"Un día, descuidada la Justicia..."



"La Soberbia entregó a la Muerte el brioso caballo..."

La Revolución de 1848 inspiró á un artista alemán, Alfredo Reithel, unos dibujos admirables, y estos dibujos inspiraron, á su vez, un triste poema al poeta Reinick. Difícilmente se encontrará precedente á estas composiciones, aunque se le buscase en el asombroso *Triunfo de la Muerte*, dibujado por Holbein, y en el poema *Danza macabra*, de origen alemán también y que tan popular se hizo en Francia desde el siglo xv, y que dió origen á toda una literatura macabra.

Es posible que todo esto tenga en España una doliente actualidad. Usted, lector, juzgará de ello si quiere conocer los motivos con que compuso Reithel sus dibujos.

«Un día, descuidada la Justicia, fué acometida por las malas pasiones. La Ira, la Soberbia, la Hipocresía, la Envidia y la Lujuria lograron amarrar sus manos y poner una venda sobre sus ojos; le quitaron la espada y la balanza, y deliberando qué hacer de estos símbolos, que un revolucionario español hubiese llamado los *chirimbolos de la Justicia*, acordaron ir en busca de la Muerte y entregárselos, para que implantase ella sobre la Tierra el reinado de la Justicia del mal, que también es una justicia á su modo. La Soberbia entregó á la Muerte el brioso caballo donde á través de la Historia había cabalgado la Violencia, y la Muerte corrió apresurada hacia la gran urbe donde humeaban las chimeneas de las fábricas.

En la plaza pública puso la Muerte un tenderete de sacamuelas. La balanza de la Justicia, cogida por el fiel, sirvióle para engañar al pueblo, enseñándole que tanto pesaba y valía la re-

fulgente corona del rey como la ahumada pipa del obrero. Se enardeció la muchedumbre. Sólo la experiencia de una anciana y la inocencia de un niño huyeron escandalizados de aquella predicación.

Surgió la insurrección del pueblo; surgió vo-

Estamos en plena revolución. El pueblo alzó barricadas, y sobre una de ellas, la Muerte presencia impasible cómo á su lado van cayendo heridos los hombres del pueblo. La serenidad del caudillo, al que parecen temer las mismas balas, enloquece á los que luchan, sin saber que es la Muerte lo único inmortal que hay en la Tierra.

No prevalece la espada de la Justicia, que ha caído sobre la barricada, abandonada de las manos que la sostenían. Cuando el fuego cesa, acuden las madres, las esposas y los hijos gimiendo su dolor, á buscar á los seres queridos entre el montón de cadáveres. Entonces la Muerte, invencible, monta en el alazán de la Violencia y se aleja. Al pasar, pisotea la espada de la Justicia; un agouizante se alza del suelo penosamente y le lanza una injuria. La Muerte ríe. El caballo, ahito de sangre, jadea cansadamente. Allá lejos, la tropa recoge sus muertos.

¿Dónde va la Muerte? Camina, á través del tiempo y del espacio, hacia otros lugares donde sus predicaciones, hechas en nombre de la Justicia, parezcan palabras nuevas y sinceras.»

Tal es el poema en que Reinick ha recogido los expresivos trazos de los dibujos admirables de Reithel. ¿Tiene esto actualidad en España? ¿Puede hablarse aquí de la Muerte suplantando á la Justicia? Cada lector juzgue y conteste como plazca mejor á sus convicciones. Me limito yo á esta glosa de los admirables dibujos, tan claros, tan precisos, tan expresivos en verdad, que no necesitan comentarios.

AMARDO DE CASTRO

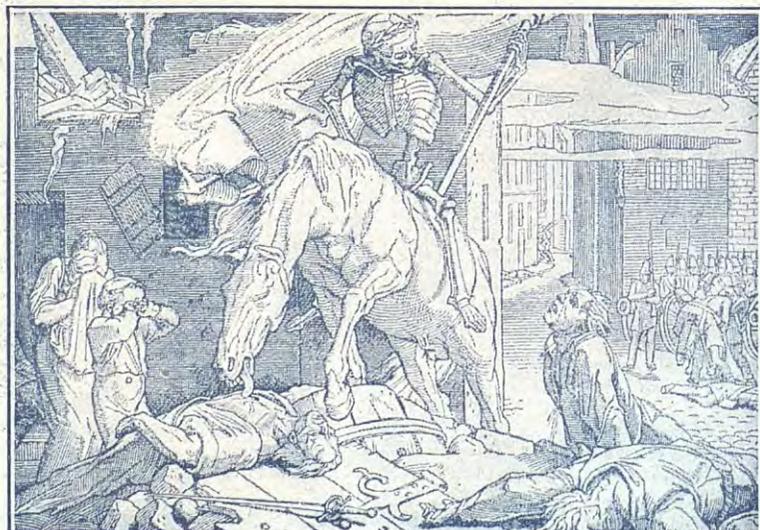


"En la plaza pública puso la Muerte un tenderete..."

cinglera pidiendo armas, y cuando la Muerte escuchó el redoble de tambor de la tropa que avanzaba, entregó á la muchedumbre amotinada la espada de la Justicia. ¡Justicia del pueblo, ciega y sorda, como la justicia de la Naturaleza, que no distingue al mal del bien, ni á los seres de las cosas!



"Surgió la insurrección del pueblo..."



"¿Dónde va la Muerte? Camina..."

PUERTA SEGOVIANA



VOZ DE HIERRO

¡Vieja puerta segoviana
carcomida por los siglos y dorada por la Gloria,
que se eleva sobre el tedio de la vida cotidiana
como el faro de la Raza, como el ojo de la Historia!
¡Aurea puerta, la que viste las brillantes armaduras,
los penachos, las espadas, como una visión homérica,
de los recios paladines, argonautas de aventuras,
los heroicos gerifaltes de la epopeya de América!
¡Vieja puerta segoviana,
la que vió el glorioso paso de los Fueros
y cruzar bajo su arco la victoria y el laurel!
¡Eran grandes los leones de la tierra castellana,
por el alma y por la talla, que al pasar, los caballeros,
enredaban sus cimbras en las piedras del dintel!

VOZ DE ROMANCE

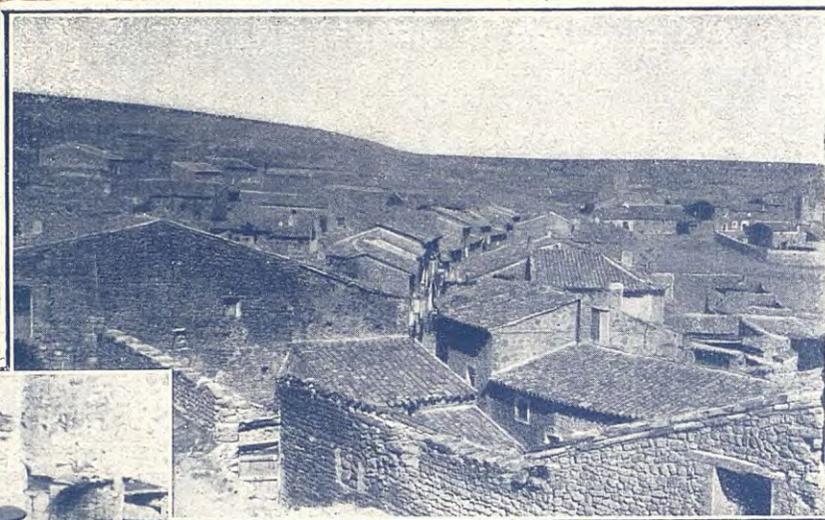
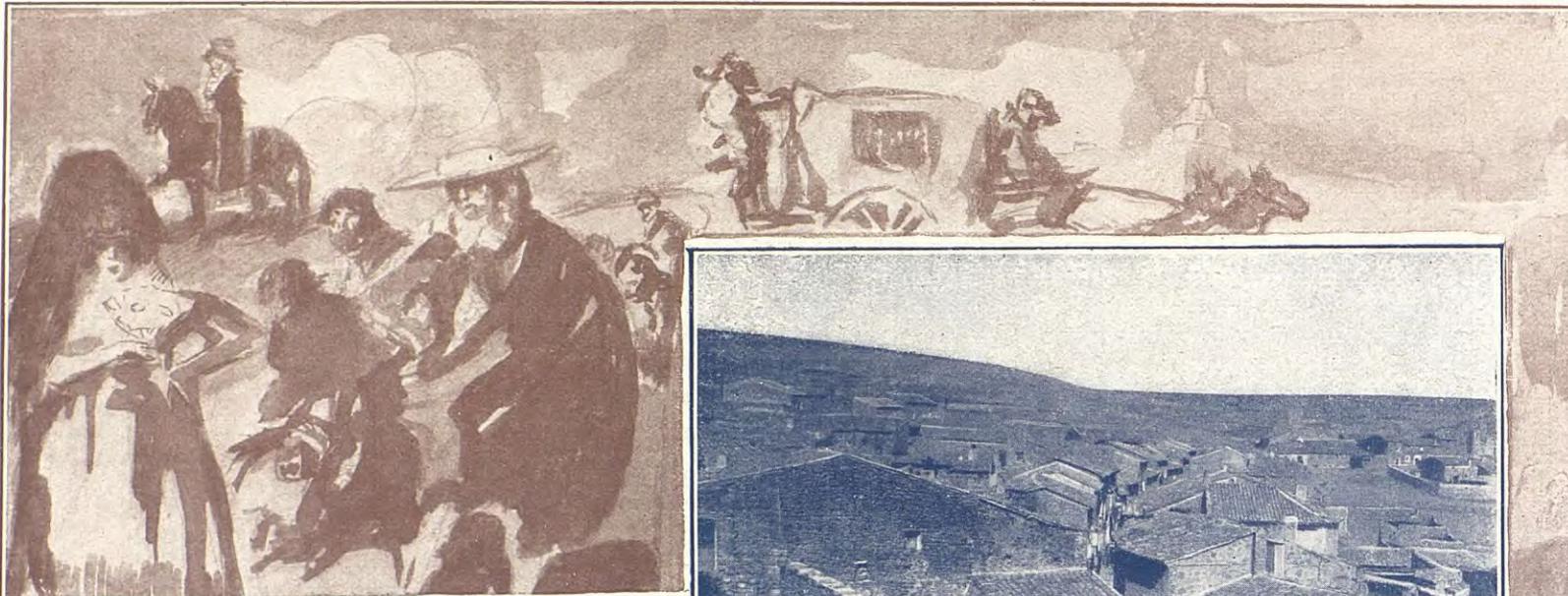
En la puerta segoviana,—la niña espera á su amor;
con los huéspedes de Juan Bravo,—el amante se marchó.

Todas las tardes le espera,—hasta que se pone el sol;
todas las noches se vuelve,—con llanto en el corazón.
Un hidalgo muy apuesto,—jinete en negro bridón,
le habla de amor cortesano—á aque.la rústica flor.
—Niña de las rubias trenzas,—más oro te diera yo
que el oro que en tus espigas,—en Agosto pone el sol.
—Podéis guardaros el oro—y las lisonjas, señor.
—Piedras preciosas me traje—el último galeón,
joyas de reyes indios—y á tus pies las pongo yo.
—Me basta con los zarcillos—que mi galán me mercó
en la feria de Sepúlveda,—la mañana que partió.
—Si quieres ir á la Corte,—tengo en la Corte favor
y un palacio en las Vistillas—con su escudo en el portón.
—¡Basta, señor, que es inútil—que queráis lograr mi amor;
mi amor lucha por los Fueros,—mientras por él rezo yo;
cual la puerta segoviana,—es firme mi corazón,
y ni una ni otro han de abrirse,—ni aun al mismo Emperador!

Emilio CARRÈRE

DIBUJO DE L. DE PABLO

LA VIDA ARTÍSTICA



Vista general de Fuendetodos, pueblo natal de Goya.—D. Jacinto Cañalá, esposo de doña María Roca Mozota y Goya, sobrina del inmortal pintor, con todos los descendientes de la familia de éste

GOYA Y ZULOAGA

NUEVAMENTE los nombres del genio de la pintura española y del pintor que tal vez sea hoy el primero de cuantos en España realizan obra perdurable, aparecen unidos.

Y no es ya como antes, cuando se buscaba en la entraña del zuloaguesco arte los antecedentes técnicos e ideológicos. Claras, expresivas las influencias de esa trinidad gloriosa que hacen de nuestra Patria y de nuestro Museo del Prado obligada meca de estéticas peregrinaciones: Greco, Velázquez, Goya.

Zuloaga ha resumido en él las cualidades características de estos tres grandes pintores. Y, además, ha sabido destacar de un modo inconfundible su personalidad propia. Pero la verdadera identificación temperamental del maestro vasco no es con Velázquez ó Greco, á pesar de que le hallemos afinidades de colorido y composición. Es con Francisco Goya.

Goya es la verdadera y fecunda obstinación de su espíritu. Directo heredero suyo parece, y pasados los años, idéntica unción, semejante entusiasta respeto se pondrá en los labios al pronunciar el nombre de Zuloaga, que ahora cuando el nombre de Goya hace brotar ante nuestros ojos un maravilloso espectáculo.

Pero Ignacio Zuloaga no ha limitado su devoción por el autor de *La maja desnuda* á las íntimas compenetraciones y al culto individual dentro de su estudio y de su obra. Ha procurado, además, prolongar, ampliar esa devoción nacionalizándola, incorporándola á los sentimientos colectivos de nuestra época.

Hace poco más de dos años adquirió la casa natal de Goya en Fuendetodos, y concibió la idea de instalar en ella un Museo, crear unas escuelas con el nombre del gran pintor y erigirle un modesto monumento. Y todo ello con sus propios esfuerzos y recursos, sin auxilio oficial alguno y sin otra



alentadora compañía que la de unos cuantos jóvenes artistas aragoneses.

El año anterior Ignacio Zuloaga celebró en Zaragoza una exposición de sus obras más representativas. Figuraban en ella desde los lienzos pintados hace veinte ó veinticinco años, hasta los que aún llegaban con los colores frescos y palpitantes de la augusta fiebre del maestro. Podía, pues, estudiarse en ella la evolución y significación del arte zuloagués con la riqueza documental necesaria. Lo que inútilmente se ha solicitado y se continúa solicitando para Madrid hace tanto tiempo, lo otorgó Zuloaga para honrar la memoria de Goya. El producto de esta exposición de cuadros suyos—de la que se habló oportuna y extensamente en LA ESFERA—y de algunos de pintores aragoneses contemporáneos, se destinaban á aumentar la suscripción iniciada por el maestro vasco para edificar las escuelas de Fuendetodos y construir el monumento á Goya.

No muy importante la suma recaudada, en proyecto habrían quedado los propósitos de Ignacio Zuloaga sin su entusiasmo inquebrantable y sin su esplendor.

Gracias á ambas cualidades, el día 8 de Octubre se han inaugurado las escuelas públicas en un nuevo edificio construido al lado de la casa natal de Goya, y en ésta el museo de reproducciones fotográficas de sus obras, y se puso la primera piedra del monumento, que lleva la firma de uno de los primeros escultores españoles contemporáneos: Julio Antonio.

ooo

Conserva Fuendetodos no solamente el aspecto pobre y huraño que le encontrara Zapater cuando lo visitó el año 1868 para documentar su libro acerca de Goya, sino casi el mismo del «lugar arisco de 120 vecinos sin vega y sin río» (Beruete), en la época en que nació el autor de *La Corte de Carlos IV*, la obra pictórica imponderablemente bella é inimitablemente real y veracísima.

Goya nació en la casa número 18—número 15, según el conde de la Viñaza—de la calle de la Alfondiga, el 30 de Marzo de 1746, y fué bautizado en la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, según la siguiente partida en el tomo 4.º de bautizados, folio 59, vuelto:

«En treinta y uno de Marzo de mil settecientos cuarenta y seis, Bautice yo, el infrascripto Vic.º un Niño que nació el día antecedente inmediato,



Habitación de la casa de Goya, convertida en Museo

hijo legítimo de Jph Goya y de Gracia Lucientes, legítim^o. casados, habitantes en esta Parroquia y vecinos de Zaragoza: se le puso por nombre *Francisco Joseph Goya*: fué su Madrina Francisca Grasa, desta Parroquia, á la qual advertí el Parentesco espiritual que abía contraído con el Bautizado y la obligación de enseñarle la doctrina Christiana en defecto de sus Padres, y por la verdad hago y firmo la Presente en fuendetodos, dho día mes y año ut supra, etc.—Licenciado Jph Ximeno, Vic.º»

La casa era propiedad de sus padres, José Goya y Gracia Lucientes, labradores modestamente acomodados, y que la heredaron por la línea materna de los Grases. Al adquirirla Ignacio Zuloaga, el año 1915, ya no pertenecía á la familia Goya.

Aunque vivió pocos años el gran pintor en su pueblo natal, puesto que marchó á Zaragoza el año 1760, pintó en la capilla de las Reliquias unos cortinajes al fresco y las puertas del retablo al óleo, representando en ellas la *Venida de la Virgen del Pilar*.

Cuarenta y ocho años después, cuando el artista contaba sesenta y dos de su vida, volvió á Fuendetodos, y refiere Zapater, según el testimonio de unos ancianos, que al ver Goya estas pinturas del retablo, exclamó:

—No digáis que he pintado yo eso.

A pesar de esta severa autocrítica del inmortal maestro, el óleo de la *Venida de la Virgen del Pilar* es interesante y bello.

Era en 1808, durante el segundo sitio que sufrió la capital de Aragón. Goya estaba en el apogeo de la gloria; había ido á Zaragoza, por encargo de Fernando VII, para pintar episodios de la guerra. Fué entonces cuando hizo el retrato del general Palafox, y le acompañó en el viaje su discípulo Luis Gil Ranz, muy experto en el alfabeto manual, del que era preciso valerse para ser comprendido por Goya.

Desaparece Goya y cae el pueblo en el letargo de un siglo entero. Inútil es que biógrafos españoles y extranjeros hablen de Fuendetodos y mencionen la casa donde nació el genio de nuestra pintura. El Estado no se preocupó jamás de hacer accesible la peregrinación artística al pueblo, de adquirir el edificio, de hacer, en fin, todo cuanto Zuloaga ha hecho por sí mismo.

Gracias al pintor eibarrés el pueblo de Fuendetodos se ha renovado, y le ha resucitado el legítimo orgullo que otro tiempo, á fines del siglo XVIII y comienzos

del XIX, ponían sus habitantes al decir que eran parientes, ó simplemente paisanos, del autor de *Los caprichos*. Y al lado del culto á lo pretérito—simbolizado por las fotografías que reproducen obras del maestro y varias copias, entre las que sobresale una del retrato que le hiciera Vicente López, y se conserva en nuestro Museo del Prado—, procuró el artista el culto al porvenir, representado por las primeras escuelas públicas que se han abierto en Fuendetodos, rindiendo así, á la memoria del inmortal maestro, la perdurable veneración y amor que debe alentar el corazón de todo español amante de sus glorias.

Por último, habrá de poseer la humilde villa aragonesa una obra de Julio Antonio, y esto bien merece que Madrid, la capital de España, sienta cierta melancólica envidia al verse escarnecida por tantos y tantos monumentos de escultores cuyos nombres debían olvidarse y cuya perniciosa influencia subsiste hasta el punto de obscurecer y anular los esfuerzos de la admirable pléyade de jóvenes á quienes se deberá el renacimiento de la estatuaría moderna en España.

Y en torno de todo este simpático acto realizado por Ignacio Zuloaga, quiso el artista que hubiera los regocijos populares, tan amados del maestro aragonés. Hubo certamen de jota, concurso de bailes regionales, y en la noche serena de Octubre, vibraron en el cielo el estampido y las gémicas luminarias de los cohetes...

SILVIO LAGO



Sala de la casa de Goya, donde se ha establecido el Museo

FOTS. VIDAL

El pájaro cruel

VERDAD que es como un pájaro muy raro?...
Un pájaro...
—Cruel.

—¿Cruel por qué?—Y *Clo-Clo*, toda rosa en el fresco linón azul porcelana de la *toilette* veraniega, sonreía bajo la pámela de paja de Italia enguinaldada de glicineas. Sonreía y, en la carita de nácar rasgada por el turquesa de las grandes pupilas soñadoras, la boca era como una rara flor de coral, una flor obscena y triste como las que labraron los artifices chinos para dar la muerte en la voluptuosidad.

¡1913! La Humanidad, en el paraíso del mundo convertido en una inmensa Capua, había olvidado que existían el dolor y la muerte, y había hecho de ellos dos bellos mitos llenos deuntuosa poesía. Era á orillas del lago de los Cuatro Cantones. Lucerna, con la gracia riente de una ciudad misteriosa de cuento alemán que de pronto se hubiese modernizado y que, inundada de sol, hubiese ahuyentado los fantasmas de los margraves, los generales, los burgomaestres y los gordos burgueses hinchados de manteca, estaba llena de músicas y flores. Por los muelles, ante la cosmopolita elegancia del *National*, del *Montagna* y del *Schweizerhoff*, desfilaba un pueblo niño que miraba extasiado los velos de los aeroplanos sobre el espejo de zafiro del cielo.

Partían los vapores-tranvías seguidos por el vuelo de las aves lacustres, y las máquinas voladoras alzábanse también, serenas y nobles, en la luminosa transparencia del cielo.

Clo-Clo, sin saber por qué, estrechó el brazo de *Bob*.

—No sé, pero me dan miedo—murmuró.

Era tan absurdo aquel temor en la mujercita ultramoderna, que el *gigolo* se echó á reír:

—¡Qué tonta eres!

Trató de explicarse:

—No comprendo por qué es. Al ver los vuelos de estos aparatos me acuerdo unas veces de las aves crueles de la leyenda, de las aves de pico de acero, y otras de los hombres desafiando á Dios con la torre de Babel.

Bob rióse, francamente regocijado:

—¡Eres divina! ¡Qué cosas más profundas se te ocurren!—Y apretó el brazo de la mujercita deliciosa, con unas ganas locas de abrazarla, sembrando el escándalo entre los honestos burgueses que paseaban á orillas del lago.

ooo

Y han pasado cuatro años, cuatro años de horror y de exterminio en que la Humanidad, enloquecida, se ha destrozado ferozmente. *Clo-Clo* y *Bob* pasean por París, un París nuevo en que parecen haber tronado las palabras de Savonarola. La gran ciudad está triste, pero bella, infinitamente bella; es como esas mujeres á quien los velos de luto prestan un singular encanto de melancolía sin robarles nada de su belleza. *Clo-Clo* y *Bob* vienen de España, del país del sol, donde no hacía más que llover. Pasean un poco asombrados, un poco cohibidos, como gentes que llegan á una visita de duelo, y hasta pulsar el ánimo de los que lloran al muerto, no saben qué actitud tomar. Súbitamente, las señales de alarma avisan la presencia de un aeroplano enemigo. Pese al valor de que blasonan, nuestros conocidos se azoran, corren, no saben dónde ocultarse. Las gentes se ríen de ellos, y luego, interesadas, apasionadas, buscan afanosas sitio donde presenciar la lucha.

Un pájaro francés se ha remontado rápidamente por los aires, y de pronto los curiosos presencian la lucha de las dos enormes aves, que por un momento se acometen furiosamente. Al fin, el enemigo se aleja; suenan unos hurras y se ve el pájaro enorme que desciende majestuosamente.

Clo-Clo sonríe un poco pálida, y suspira:

—¡Es maravilloso!

—¿Cruel?—interroga él.

Vacila:

—¡Bah! ¡Todo es tan cruel en la vida!... ¡Y quién sabe si un pájaro de éstos será también el que lleve en el pico el ramo de oliva!

ANTONIO DE HOYOS Y VINENT

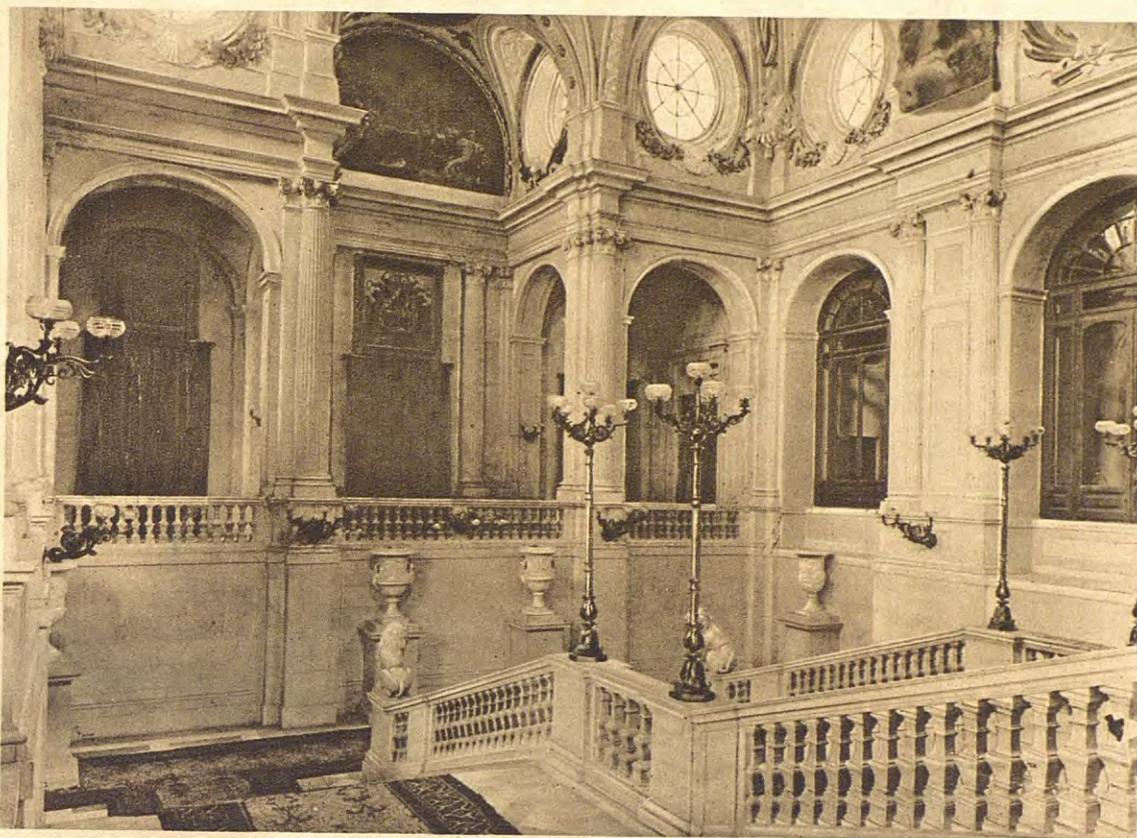
DIBUJO DE ECHKA



EL PALACIO REAL DE MADRID

RESPECTO á la fundación del Alcázar de Madrid, podemos decir que, según documentos llegados á nosotros, parece que alcanzó la época del Rey Don Pedro, y que, por entonces, lo arruinó un terremoto. Siguen diciendo los documentos que Enrique II lo reedificó, y que Enrique IV, celoso de su Palacio, lo mejoró y adornó para su comodidad en las grandes temporadas que solía residir en él.

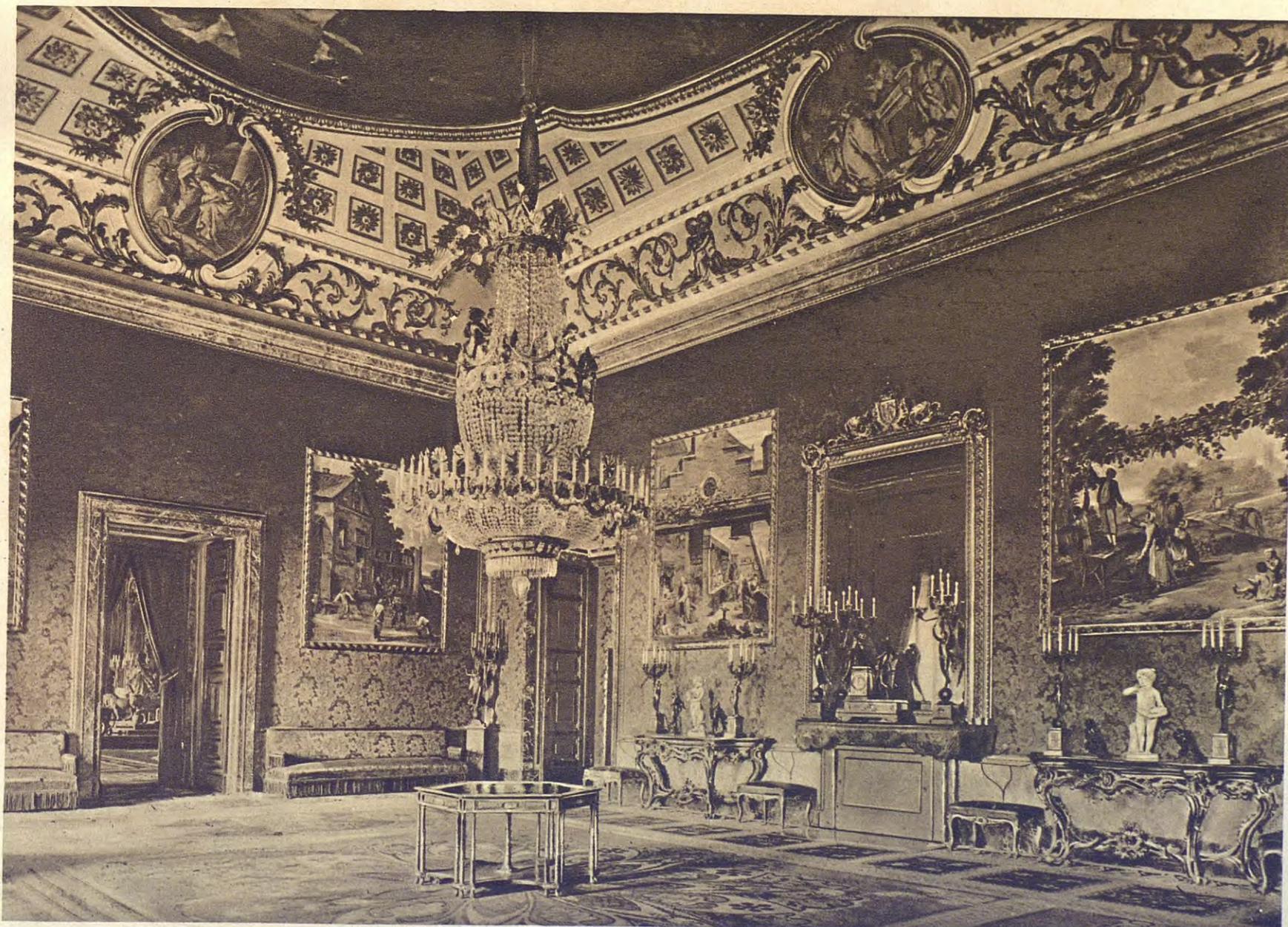
Carlos V, gran admirador de Madrid, «determinó, el año 1537, renovarlo y ampliarlo, lo que, en efecto, se fué ejecutando lentamente». Establecida la Corte en Madrid por Felipe II, se continúan las obras comenzadas. Felipe III y Felipe IV también acometieron muy atinadas reformas, entre ellas la fachada principal, que, según algunos diseños de la época, era una hermosa obra de arquitectura. Coronó esta fachada la soberbia estatua ecuestre de Felipe IV, que todos conocemos



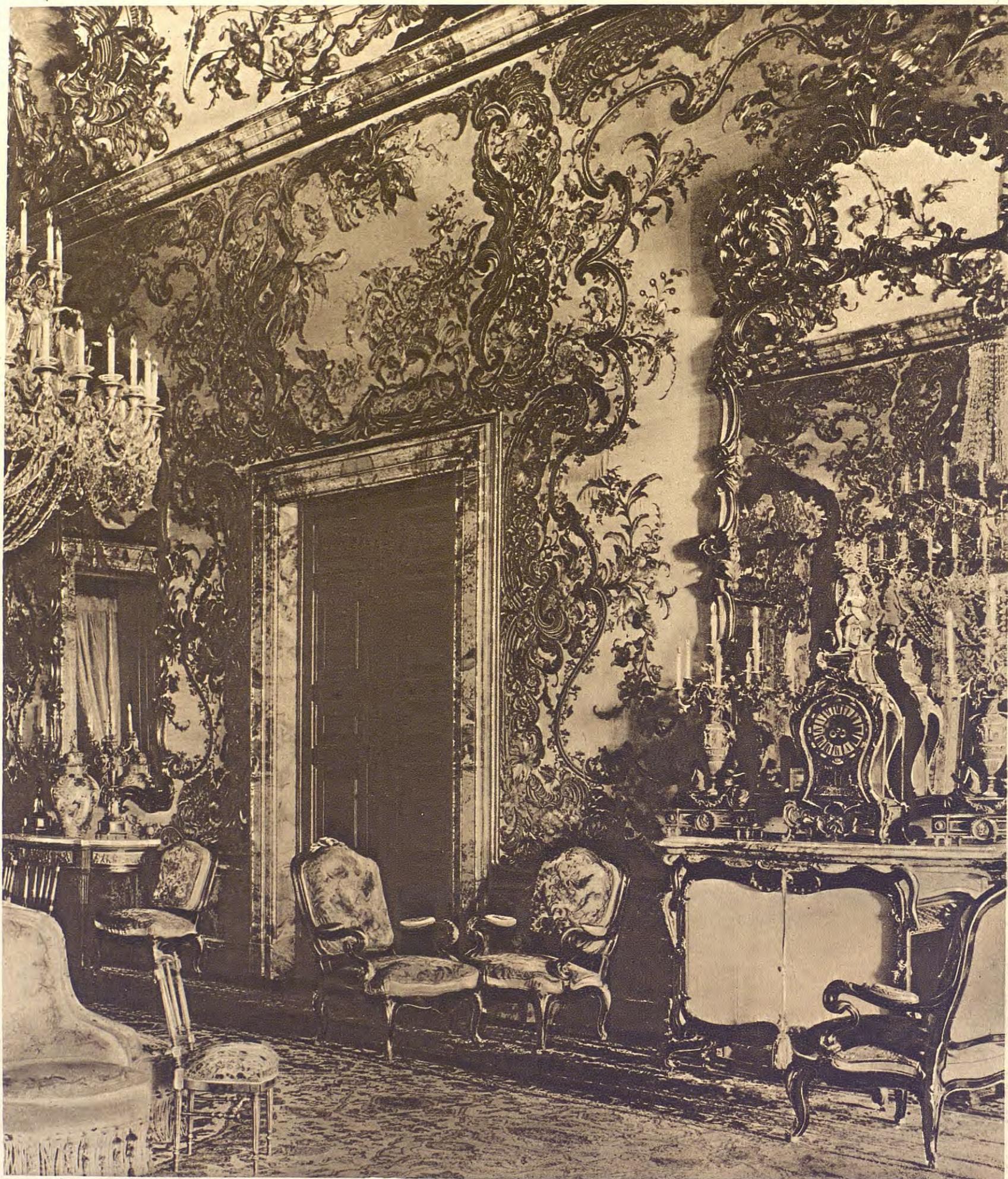
DETALLE DE LA ESCALERA PRINCIPAL

bien de cerca, por estar emplazada en la actualidad en el centro de la plaza de Oriente; y de cuya historia nos da buena cuenta el conde de las Navas, del Cuerpo de Archiveros, y jefe de la Biblioteca Palatina, en un bien escrito libro titulado *Cosas de España*.

Este hermoso Alcázar, orgullo de nuestra España, fué reducido á cenizas en el incendio ocurrido el 24 de Diciembre de 1734. De resultados de esto concibió el Rey Felipe V la idea de reedificar el Palacio, con tal extensión y magnificencia, que, si se hubiera llevado á efecto la ejecución de la obra como la planeaban, no habría otro en Europa que con él compitiese. Para los planos se valió del abate D. Felipe de Juvara, encargándose de la construcción D. Juan Bautista Sachetti. Don Ventura Rodríguez, que había sido delineador de Juvara, ayudó á Sachetti, y fué nombrado, en 18 de Junio de 1741, aparejador de la obra.



SALÓN INMEDIATO AL DEL TRONO



UN RINCÓN DEL SALÓN GASPARINI

Fot. Campúa

Se colocó la primera piedra el 6 de Abril de 1738. El Alcázar de nuestros Reyes es, sin duda alguna, la más soberbia de las residencias reales que se han levantado en Europa, del Renacimiento á nuestros días, y eso que no es sino la mitad del proyecto que ideara D. Felipe Juvara; y si con sólo esta parte no resiste la comparación con ningún otro, ¿qué sería de estar totalmente construido con arreglo á los primitivos planos?

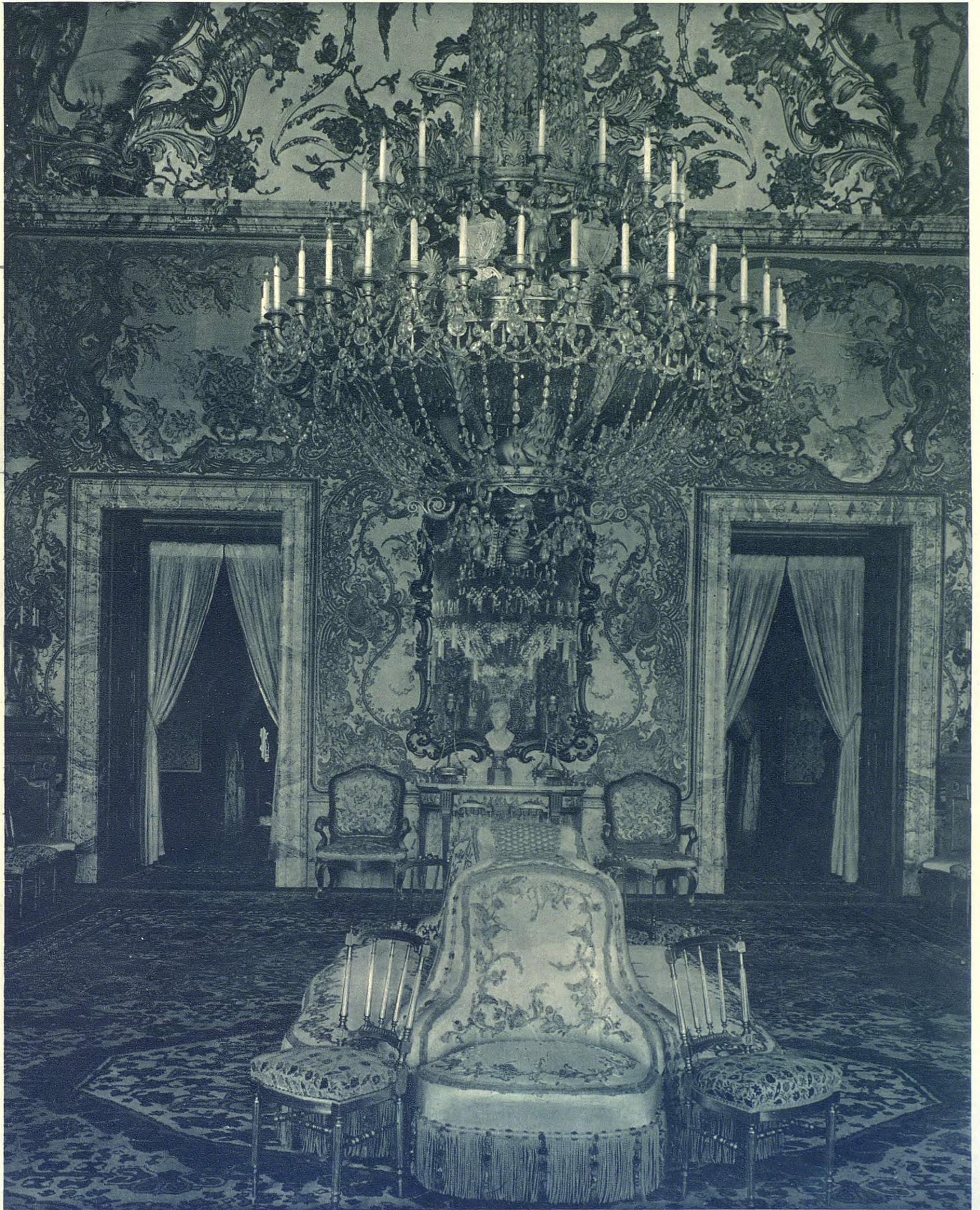
La vista que presenta el frente meridional del regio Alcázar—que es el principal—, cuando se le mira desde Santa María de la Almudena, es esplén-

dido. Realizadas por este lado las obras iniciadas en tiempo de Isabel II, seguidas con actividad bajo el reinado de Alfonso XII, y llevadas á término por la Reina Doña María Cristina, ofrece el Palacio un aspecto de grandiosidad tal que hace al viajero lo admire como cosa suprema é incomparable al contemplarlo desde la verja monumental que une los cuerpos resaltados y las dos galerías que cierran con la fachada del Palacio la extensa plaza de la Armería, llamada así por existir en otro tiempo el edificio destinado á este objeto junto á estas galerías que hoy cierra la verja, destruído por un incen-

dio en la noche del 9 de Julio de 1884, reinando Don Alfonso XII.

Para calcular el coste del palacio proyectado por Felipe V, y que habitó el primero Carlos III, puede ofrecerse el siguiente dato: D. Francisco Sabatini presupone, en 17 de Agosto de 1796, la obra de «Bronces dorados de molido y jaspes de España que se ha de hacer á toda costa para el Salón grande del dosel» (Salón del trono), sin incluir los bronces de aquél, esto es: los cuatro leones, la silla, el escudo de armas reales y los que llevan las diez mesas que existen en la estancia, en *dos millones*

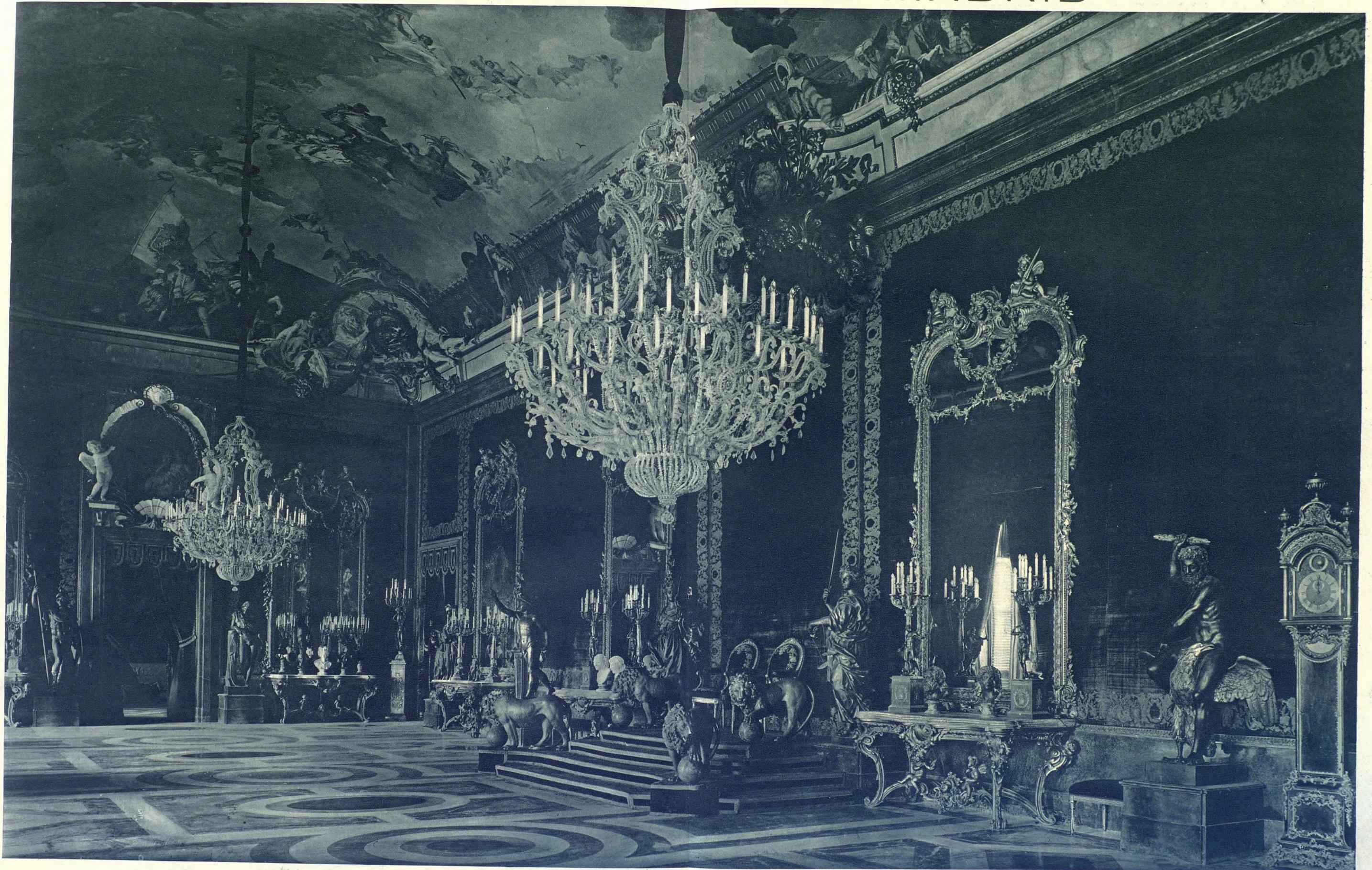
EL PALACIO REAL DE MADRID



SALÓN DE GASPARINI

Fot. Castellá

EL PALACIO REAL DE MADRID



SALÓN DEL TRONO

EL PALACIO REAL DE MADRID



SALÓN DE PORCELANA

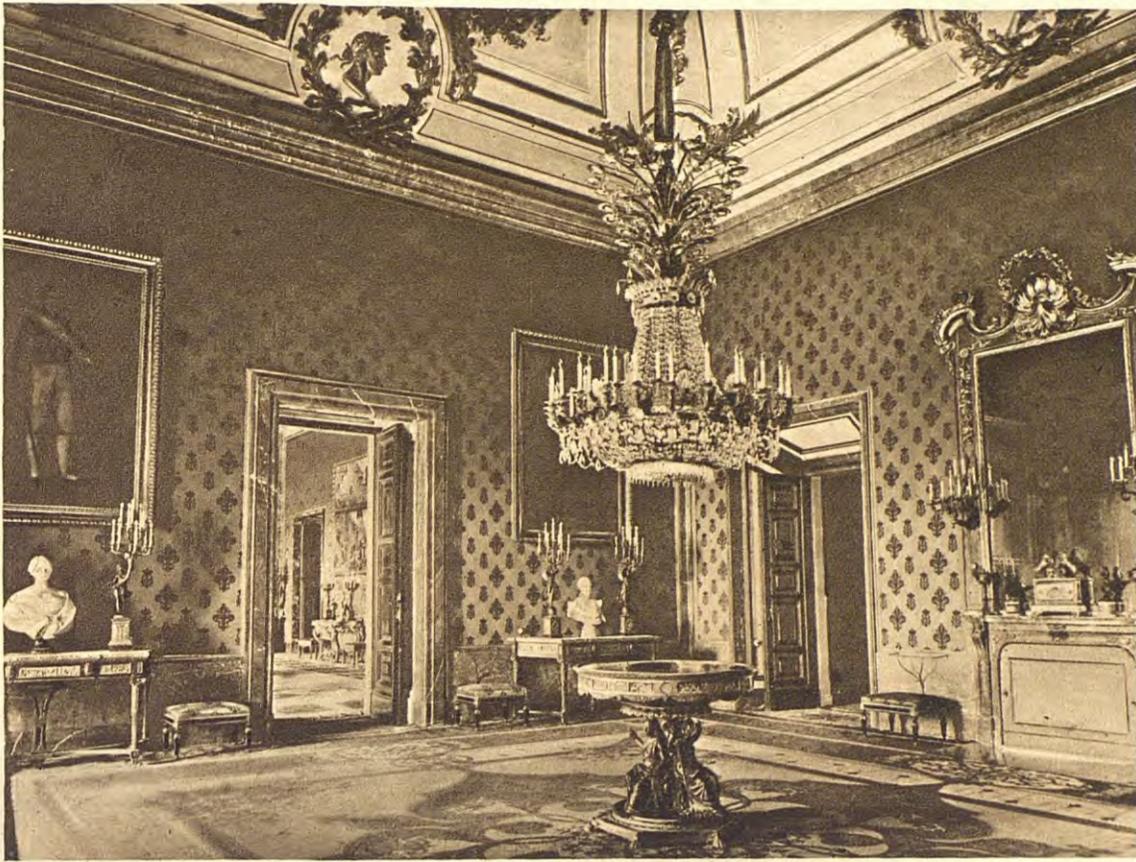
Fot. Castellá

trescientos nueve mil trescientos y noventa reales de vellón. Ahora hay que añadir el coste del techo pintado, mueblaje, relojes—uno de los cuales, que tiene compañero en la misma habitación, fué valuado, hace pocos años, en *seiscientos mil francos*—, las arañas, la alfombra, de dimensiones colosales, notable obra de la Real Fábrica de Tapices, etcétera, etcétera, y vendremos á sacar en consecuencia que la sola pieza que nos ocupa vale muy bien, de puertas adentro, más de tres millones de pesetas.

Otros salones hay en Palacio de análoga riqueza y de sin igual importancia artística; pero no hemos de enumerarlos uno por uno, porque sería tarea harto prolija para darla á conocer en una revista de este carácter.

El coste total de Palacio, sin muebles, ascendió á 298.820.785 reales, 31 maravedises; cantidad pequeña si se compara con la riqueza y la valía del Alcázar madrileño.

Muchas obras nuevas se han hecho al correr de los tiempos, y muchas restauraciones se han llevado á cabo durante la regencia de Doña María Cristina, sin que se hayan interrumpido en el actual reinado las nece-



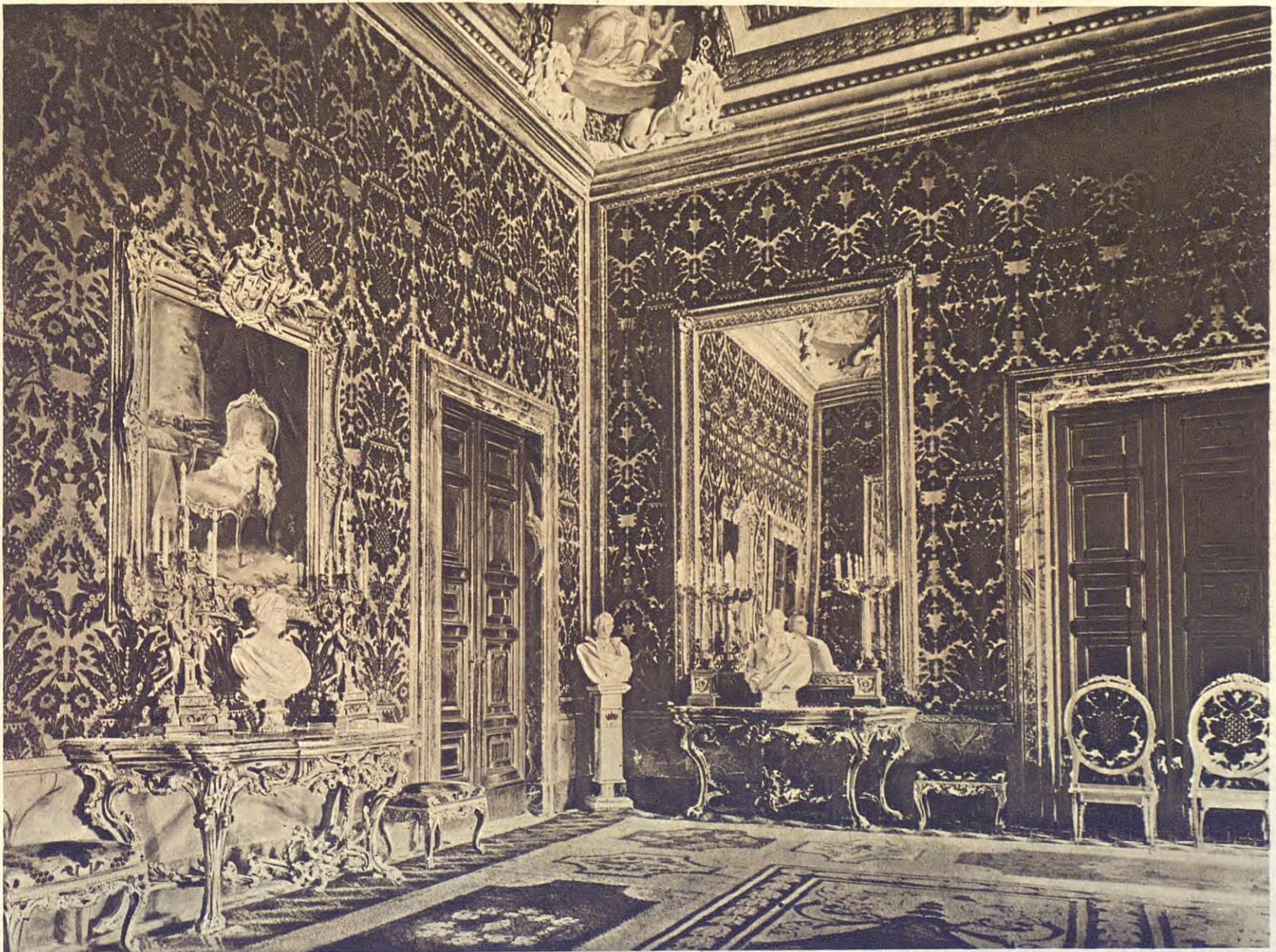
ANTECÁMARA

sarias de saneamiento, comodidad y decorado artístico.

Entre las obras más importantes citaremos la construcción del edificio de la Real Armería, de nueva planta; el gran muro de contención de la explanada entre Palacio y la catedral de la Almudena, hacia el Campo del Moro; la cristalería del claustro superior del patio central y las instalaciones eléctricas y de calefacción llevadas á cabo con el mayor cuidado para no desvirtuar la esencia de las habitaciones del Alcázar.

No he de hablaros de su *Archivo*, de los más importantes de España; ni de la soberbia *Armería*, envidiada por muchas Cortes europeas; ni de su *Biblioteca*, numerosa y bien cuidada; ni de las *caballerizas*, *guardarías*, *cocheras* y *garages*, todos ellos suntuosos; no quiero hablaros tampoco de la *Capilla*, cuyas paredes sahuman religiosidad y misticismo. Y, por último, no he de deciros nada de su tapicería, soberbia colección no igualada por ninguna Corte extranjera. Seguramente, todos los que

me leáis habréis contemplado con éxtasis, con admiración, las colecciones de tapices colgados en las galerías superiores del patio central en ciertos días de



LA CÁMARA Ó SALÓN DE AUDIENCIAS



DETALLE DEL TECHO DEL SALÓN GASPARINI

Fot. Campúa

Capilla pública. Es, pues, nuestro Palacio Real el primero, el único, no tan sólo por su grandeza, propia de quien lo ocupa, sino también por su riqueza, envidiada del mundo europeo, que en fuerza de querer desprestigiarnos en

todo, no han podido hacerlo en esto, por ser indiscutible su valor, que aumentará con el paso de los años.

JUAN GÓMEZ RENOVALES

FRIVOLIDADES

LA ATRACCIÓN DEL "MUSIC-HALL"

Aquí, en este Madrid que se europeiza en determinadas cosas febrilmente, ha decaído hasta el punto de desaparecer, por diversas razones, el «music-hall», henchido de luces, de frivolidades y de algarerías intrascendentes.

Hubo un tiempo—ya lejano—en que los carteles de nuestros salones-conciertos se estremecían abigarradamente en un alegre temblor de cosmopolitismo.

Las hieráticas danzas de Oriente difundían por el tabladillo un perfumado éxtasis que disipaban violentos, feroces casi, abrasadores y convulsivos los tangos de la Andalucía histérica. Bajo el tumulto de aquellas noches, y abriendo la sonora estela de los aplausos, desfilaba la traviesa gala, de lunares desatinados y sonrisas de bermellón, que traía prendido á su *couplet* el cascabel inimitable de Montmartre; la inglesita de cara de muñeca y piernas musculosas que dislocaba el ritmo del danzón con inverosímiles piruetas jocundas; el japonés de felinas agilidad; el negro meliflúo, inevitable *groom* de una rubia alemana ó rusa, ya arrebolada por el sol desesperado de la media tarde... Venían las *divettes* y los excéntricos y los ilusionistas y las *danseuses* de lejos de España, y, aun descontando lo tópico y consabido de sus habilidades, hacían del programa frágil copa en la que derramaban los zumos diversos y bien gustosos de su arte. Todo ello sin mengua para lo indígena, para lo desgarrado y silvestre y colorista de los géneros nacionales. El *cake-walk* fraternizaba con el bolero, y en el huertecillo de voluptuosidad que las *varietés* improvisaban, florecían simultánea y unánimemente el *peppermint* britano, y el azahar de Sevilla. La «entente» mundial era de diez á dos de la madrugada, en aquel Madrid de entonces, una realidad amable.

Pero todas las atracciones de «music-hall» «pasan... y tú con ellas». Evolucionó el género; se extinguió aquel público; vientos de veleidad se llevaron tantas truhanerías algareras, faldellines pizpiretos, guiños de pupilas picaruelas, estribillos de *faubourg*, lunares, bufonadas y contorsiones; y Madrid, reprendido gubernativamente, echó el cerrojo á las fronteras. Después—no es preciso historiarlo prolijamente—nos dedicamos «á cultivar nuestro jardín», con un nacionalismo que hoy, por fortuna, ya empa cha. Porque las cupletistas, que, según aseguran, son marquesas y majas, van multiplicándose abrumadoramente. Hoy, el Madrid noctámbulo, amigo de las *varietés*, es un pobre pueblo que bosteza preso en una pomposa mantilla de Almagro. Estamos condenados á «goyismo», á ultranza, y nos extenua el ver á un mundo de señoritas de voz indisciplinada que, en plena apoteosis del «auto» y del «side-car», prefiere pasearse, sistemáticamente, en calesa...

Además, muchas de estas compatriotas se van á dar cuatro gritos en Sud-América, y vuelven á España emocionadísimas. Un patriotismo de caja de pasas infecta hoy el ambiente de nuestros saloncillos más frívolos. La bandera nacional, hecha retazos, se utiliza estas noches para envolver merengues. Una falsa exaltación hace del *schottis* algo estruendosamente representativo, y cuatro compases de música plebeya pretenden usurpar sus latidos al espíritu de la raza.

Adecentando el género mínimo se le ha inoculado una ñeñez digna de los furores de un Tor-

quemada. Por evitar el aspaviento y no ahuyentar á cierto público, se ha incurrido en la cloriformización. Hoy, en cualquier teatro de los que mantienen este género, se advierte mayor seriedad y compostura que en la última reunión cursi. No nos dolemos de ello; nuestra misión de anotadores es más modesta. A nadie se le oculta que la Dirección general de Seguridad ha contribuido eficazmente, reprimiendo procacidades

y licencias, á que el rojo vivo de las *varietés* sea de una albura casi virginal. Lo que desconcierta un poco es que tantas jóvenes y ancianas se confabulen insidiosamente con un músico, un confeccionador de versos y un mantón de Manila para cantarnos, demasiado conmovidas, la Marcha Real.

E. RAMÍREZ ANGEL

DIBUJO DE ECHEA



Cuentos de "LA ESFERA"



LEALTAD

TENIA un aspecto triste, de resignada ferocidad y de miseria incurable. Largo y alto, era tan flaco que la piel, cubierta de sarna, roída de llagas, se adhería á los huesos y amenazaba rasgarse en la parte del esternón y en lo alto del lomo, como si la fueran á romper las vértebras dorsales. El pelo era blanquirrojo; pero sólo en la cabeza y á trozos pequeños y aislados se veía su color. El resto iba cubierto de barro seco, de sangre seca ó desapareció con las crueles picaduras de las garrapatas y otros parásitos.

Cojeaba de una pata, y las otras tres, largas, desmesuradas, como rotas y sin huesos, se alzaban y caían sobre la tierra sordamente, cual las de una bestia fantástica. Porque esto parecía aquel perro. Un monstruo de pesadilla, uno de esos canes famélicos, de ojos encendidos, de hocico manchado de blanquecina espuma que avanzan silenciosos en las noches de insomnio.

Y, sin embargo, aquel perro debió ser un animal noble y bello. Pero la miseria, la vida errante y feroz á lo largo de los caminos, le fueron cambiando como á un hombre. Casi humana tenía la cabeza. Sus ojos miraban recelosos y humildes; eran ojos de un vagabundo acostumbrado á las repulsas ajenas; sobre el hocico le caían los bigotes demasiado largos, como los de un mendigo. Y cuando se detenía para orientarse, parecía suplicar algo augusto y supremo á las cosas y al aire azul de la tarde primaveral; algo á que tuviera derecho por haber sufrido mucho y por haber envejecido en el desamparo...

El perro se detuvo de pronto. En la quietud de la tarde habían sonado de pronto los secos estampidos de dos tiros. No se engañaba. Conocía bien aquel ruido corto, que más de una y de dos noches oyó en los caminos detrás de las tapias de los cortijos y las casas de campo, despertando los ladridos de todos los perros de la contornada. Lo conocía también de sus años juveniles y tranquilos, cuando vivía dentro de una de esas mismas casas y cuando el tiro respondía á los ladridos suyos de alarma. Entonces nó le tenía miedo á las balas; el miedo vino luego, cuando una noche de nieve, ya un poco lejana, saltó las tapias de un gallinero y desde lo alto de un balcón alguien le disparó rompiéndole una de las patas traseras.

Al estampido de los dos disparos salieron huyendo de las ramas nuevas y claras de un árbol cercano varios pájaros. El perro ladró; pero ningún otro perro contestó á su ladrido áspero,

ronco, como la voz de esos trotamundos que á veces pasan muchos días sin hablar con nadie.

Volvieron á sonar más tiros, y el perro tuvo un momento de cobardía; incluso ocultó el rabo entre las ancas, y con las orejas gachas, quiso retroceder...; pero lo pensó mejor. Los tiros no son peligrosos más que de noche.

Siguió andando. Conforme avanzaba, comprendía que la carretera iba á morir en una gran ciudad. Conocía las afueras, los suburbios de muchos pueblos y de muchas ciudades, y aunque siempre había en unas y otras cierta semejanza, se distinguían por algo característico que aterrorizaba á la bestia errante ó que, por el contrario, la tornaba confianzuda y decidida.

En este último caso, eran anchas extensiones negras con edificios de ladrillos rojos y chimeneas humeantes. La tierra estaba agostada, abrasada por el carbón. Los árboles se secaban y recortaban sobre el horizonte sus ramas esqueléticas y como torturadas. En estos sitios el cielo tenía un color sucio, que luego, durante la noche, se encendía con resplandores rojizos; pero era muy dulce deleite acercarse á los muros de ladrillo y acostarse en la tierra, sobre el carbón todavía humeante.

ooo

Las lomas verdes, las huertas cuyos frutos empezaban á granar, los merenderos con sus orgánicos vocingleros y canallas, eran los mismos que el perro conoció quince años antes. Ahora, bruscamente, lo recordaba, y toda la vida surgía ante él neta, precisa: con sus noches trágicas, sus días interminables, con las horas felices y las horas adversas, que poco á poco le fueron hundiendo en el desdichado aspecto actual.

Se veía en la quinta adonde le llevaron cuando todavía era cachorro juguetón. La existencia se deslizaba para él dulcemente. Al principio estaba atado todo el día en el corral grande, al pie de la higuera, que le prestaba dulce sombra en las horas de calor. De noche le soltaban y recorría el jardín, la huerta, los otros corrales donde dormitaba el mundo inmóvil de las gallinas, de las palomas, de los conejos, de los patos de cabeza azulada y largo picó amarillo.

¡Oh! Las noches breves del verano, bajo la amplia quietud sideral. Las noches largas, inclementes del invierno, sobre la tierra endurecida por la escarcha, ó blanda de barro y de nieve. Hondo silencio envolvía la quinta, aislada en medio del campo. De vez en vez un tiro rompía bruscamente la paz de la noche. Ladraban furio-

sos los perros. Luego volvía el silencio ancho, casi sonoro de tan profundo. Clarineos de gallos; alguna voz hombruna cantaba distrayendo el largo camino, ó el miedo de la obscuridad, poblada de árboles inmóviles, fantasmales claridades de luna ó bruscas negruras de hondonadas y de cuevas en los desmontes. Al amanecer pasaban por delante de la verja unas yuntas de mulas camino de la huerta del tío Veneno.

Los primeros días el perro ladró al hombre que las conducía. Luego le gruñía sordamente. Por último, sacaba la ancha cabezota por entre los hierros, y el labriego le daba unas palmadas cariñosas:

—¡Hola, Sultánetel!

(Porque el perro se llamaba, con toda vulgaridad, Sultán.)

Llegó el tiempo en que también le dejaron libre durante el día, y del único trato de los porteros y jardineros de la finca, pasó al de los dueños y de la hija de los dueños.

La hija de los dueños tenía diez años, y era rubia, blanca y espigada. Cuando por las tardes salía de paseo por los alrededores de la quinta, acompañada de Sultán, evocaban los dos un cuadro de los maestros ingleses del siglo XVIII.

Por las noches Sultán dejó de recorrer el jardín, la huerta, los corrales, y se acostaba al pie del balcón de su ama, la muchacha rubia, velando su sueño.

Alguna noche hubieron de saltar las tapias; sonaron tiros, y Sultán hizo presa en los muslos de un hombre. Al día siguiente la muchacha rubia le acariciaba y le decía palabras mimosas y dulces, como en los tiempos mitológicos una diosa á un héroe.

Pero todo aquello acabó. Una tarde de verano atravesó por delante de la quinta un hombre con una perra alta, de pelo gris, muy corto, una danesa bella y grave, capaz de inspirar honda pasión.

La puerta de la verja estaba abierta. Sultán salió detrás de la perra, que ni siquiera se dignó mirarle, y ya no volvió más hasta en la tarde florida de Abril, cuando ya habían pasado quince años, después de una vida errante y aventurera, donde hubo de todo, menos aquella paz de la quinta, y menos las palabras cariñosas y dulces de la amita rubia.

ooo

Sultán, ya orientado, dejó atrás los merenderos, bajó una loma, y ya en el camino estrecho, entre las jaras polvorientas y los helechos que



ocultaban vidas misteriosas y pequeñas, vió la quinta al final. Le pareció que no era viejo, que no tenía una pata rota, ni la piel roída de llagas, ni los dientes débiles. Se creía otra vez joven y juguetero, como en los días pretéritos, é incluso lanzó un ladrido de alegría.

Pero no fué uno de aquellos ladridos frescos, claros de cachorro, sino un ladrido bronco y hostil, de perro viejo, acostumbrado á enseñar los dientes y á recibir pedradas. El mismo se avergonzó de oírle, y ya no volvió á ladrar. Siguió andando con la cabeza gacha y los ojos tristes.

Cuando llegó á la quinta, siempre igual á pesar del tiempo, encontró abierta la puerta de la verja y entró. Bruscamente una mujer lanzó un grito.

Sultán levantó la cabeza y reconoció en la mujer á la amita rubia. Tenía un niño en brazos, y la vista del perro enorme y flaco, cubierto de barro y mataduras, la atemorizó.

—¡Pedro! ¡Pedro! ¡Ven! Que hay un perro dentro de la casa...

Sultán quiso lamer sus manos, quiso decirla, con ladridos de paz y de alegría, que era el *Sultán* de otro tiempo; pero no le dejaron: á palos, á pedradas, lo echaron de la quinta y le cerraron la puerta.

No protestó, no se defendió, no hizo uso de sus dientes.

¿Para qué? El entraba allí en busca de la amita rubia, y la amita rubia no le había reconocido.

□□□

Se acostó en un barranco que había cerca de la quinta. Estaba desfallecido y cansado de vivir. Sentía un sopor extraño, y cerró los ojos. Cuando despertó era bien entrada la noche. Habían callado los organillos. Quedaron solitarios los caminos, y un amplio silencio envolvía el campo.

Sultán levantó la cabeza. Cerca surgía, como una sombra más oscura de la ancha sombra del barranco, la quinta. Todo en ella dormía. *Sultán* recordó el dulce abrigo de la perrera, con su paja cálida, con el pedazo de manta que la amita rubia le bajó una noche, ya muy lejana, en que la nieve borró los senderos y sepultó los macizos del jardín.

Lentamente avanzó hasta la casa. Sus piernas, largas y como rotas, se le doblaban al andar; sus pisadas no dejaban el menor ruido sobre la tierra blanda. Sabía hacia qué parte la tapia del corral grande era más baja y fácil de saltar, y cuando llegó á ella, vió que los años habíanla derruido, haciendo más fácil el acceso.

Aquella facilidad despertó un poco sus sospechas de perro viejo. ¿Qué habría detrás de la tapia ruinosa? Recordó las noches en que él mismo hubo de abalanzarse sobre los que saltaran por allí; recordó la escopeta del jardinero, con su estampido seco. Pero recordó también los ojos azules, las manos blancas y suaves de la amita rubia..., y saltó.

Apenas hubo caído al otro lado, vió una sombra negra que se acercó á él, y antes de que pudiera defenderse, le clavaron unos dientes en el cuello. Comprendió. Otro perro, más joven que él, más fuerte que él, le atacaba. Fué una lucha rabiosa y encarnizada entre los dos perros. Los dientes se hundían en la carne palpitante; las uñas rasgaban la piel negra y lustrosa del uno, la blanquiritubia y sarnosa del otro.

Luego entraron en el corral unos hombres, se iluminaron las ventanas y los balcones de la casa. Alguien se acercaba con una linterna.

Sonó un tiro, y *Sultán* lo recibió en el cráneo y cayó patas arriba, mientras su enemigo le mordía en el cuello y le clavaba las patas delanteras en los ijares estremecidos por el último estertor.

Todavía tuvo tiempo, antes de morir, de ver reclinado sobre él á su matador, iluminando el grupo de los perros con la luz de la linterna. Y pudo oír la voz de la amita rubia preguntando desde el balcón:

—¿Qué es? ¿Qué ha sido, Pedro?

—Nada; no se asuste, señora... Es el perro de esta tarde, que ha saltado la tapia y ha caído en las garras de *Leal*...

Y la voz de la amita rubia, como la diosa de otros tiempos á sus héroes, aplaudió á *Leal*:

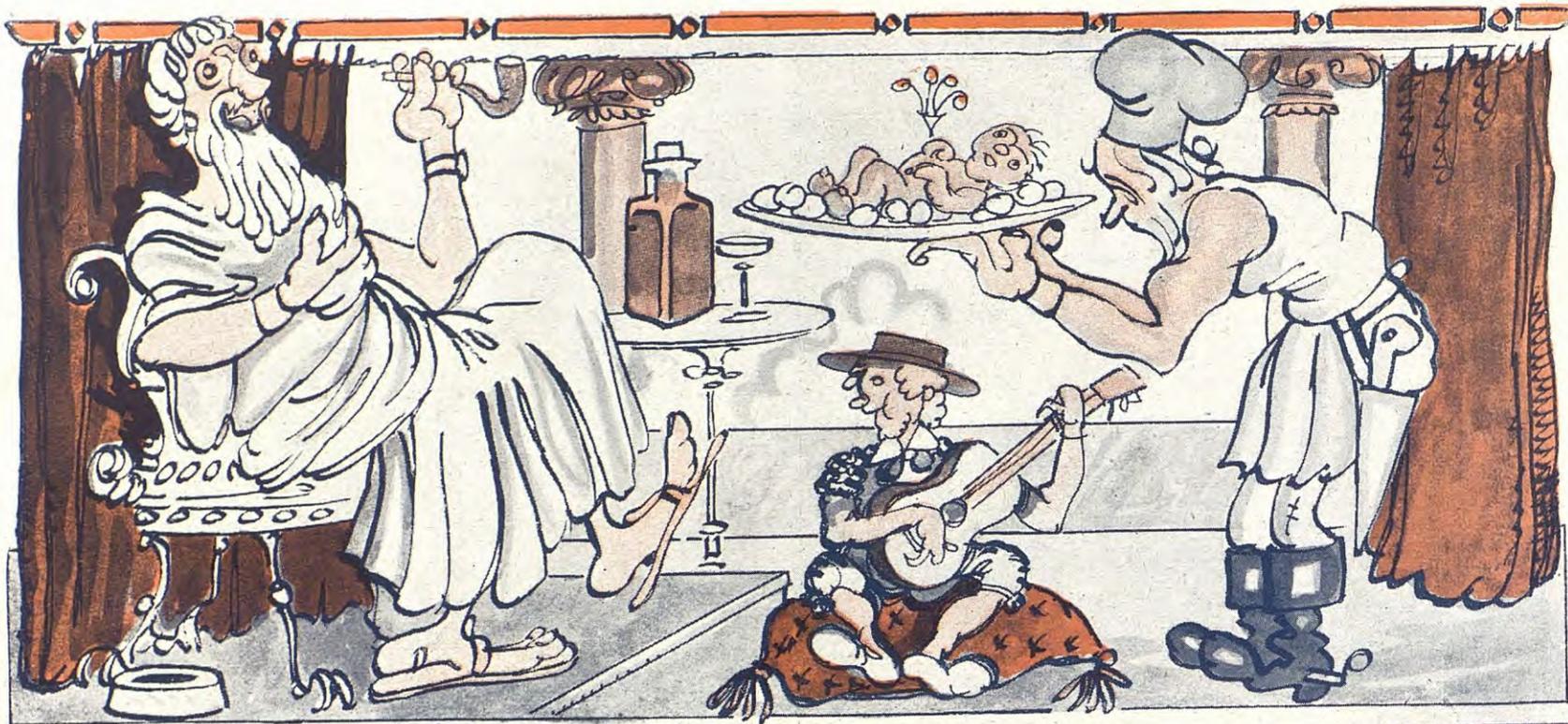
—¡Bravo, *Leal*! ¡Así, duro con él! Lo que es ese perro tan horrible no venía á nada bueno...

Las dentelladas de *Leal* no le hicieron tanto daño como las palabras de la voz dulce y querida.

Cerró los ojos, perdió la noción del dolor y murió.

José FRANCÉS

DIBUJOS DE RIBAS



CRÓNICAS DEL OLIMPO

EL DIOS JÚPITER

Su padre — Saturno, consorte de Rea — cuando ésta alumbra, quedábase á obscuras, á fin de jamarse sus lijos (jarreal), si es que eran varones las tiernas criaturas; mas, como nacieran Júpiter y Juno de un parto, la madre no quiso que á aquél — ni luego á sus críos Plutón y Neptuno — se los manducara su esposo cruel.

Y como una diosa por nada se arredra, si un nuevo retoño saliale macho, mantilla y pañales ponía á una piedra... y el ogro creía comerse un muchacho.

II

Fué su ama de cría la cabra *Amaltea* (que no era un rumiante de bajo coturno, sino un eminente mamífero), y Rea libró así á su vástago del fiero Saturno.

La ilustre nodriza cumplió el compromiso, y, al ver «agotada» su noble misión, le hizo al «despechado» saber de improviso lo excelso y sublime de su condición.

El párvulo augusto se pone muy tonto; se va, á todo escape, de la isla de Creta; y allá en el Olimpo se planta de pronto, y al padre el siguiente discurso le espeta:

«Sabrás, ¡oh, Saturno!, que soy tu heredero, que quiera ó no quiera mi tío Titán; que vengo por gloria, poder y dinero..., y que me los tomo si no me los dan.»

III

Y el padre responde: «¿Qué quieres? ¿Tu herencia? Pues bien: en tus manos desde hoy la aban-

dono y, en vez de un castigo, daré á tu insolencia — por premio — mi bolsa, mi fama y mi trono.»

Titán (que ignoraba la superchería de Rea) á Saturno juzgando traidor, con rumbo al Olimpo salió de estampía y armó allí una bronca de marca mayor.

IV

Llegó ante su hermano menor, y le dijo:

— Ya veo que no eres un dios de palabra, pues tienes un hijo de Rea.

— Ese hijo (la esposa interrumpe) no es mío: es de cabra.

— ¿Y es huérfano?

— ¡Y tanto! De padre y de madre (replica Saturno).

— Y entonces, ¿por qué le das en herencia, si no eres su padre, fortuna, laureles y cetro?

— No sé.

— ¿Pero es que pretendes tomarme á mí el pelo?

— Titán, yo no esquivo.

— Ni yo tengo lana, Saturno. Y ahora, te arrojó del cielo.

— ¿Por qué razón?

— Porque me da la real gana.

Mas, ¡ay!, no contaba con Júpiter, y éste, por los cabezones cogiendo á Titán, rugió:

— Si á Saturno le tocas la veste siquiera, ¡te mafo lo mismo que á un can!

V

Más tarde, celoso de la omnipotencia de su hijo, Saturno trató de quitarle la fama, la bolsa y el trono: demencia

que á Júpiter le hizo de allí desterrarle.

Pasado algún tiempo, casóse con Juno, su hermana melliza; tomó él posesión del cielo y la tierra; dió el mar á Neptuno, y envió á los infiernos — cual rey — á Plutón.

Y, enseñoreado de tierras y cielos, juzgóse ya libre de penas, afanes, congojas, quebrantos, angustias y duelos; ¡mas diéronle mucho que hacer los Titanes!

Logró derrotarlos; cubrióse de gloria; ciñóse guirnaldas de mirto y laurel, y fué al Olimpo cantando victoria; pero, ¡ay!, no hubo instante de paz para él.

VI

¿Por qué? Porque Juno, no bien fué su esposa, le armó unas pelazgas horribles por celos: ¡que no vieron nunca deidad tan celosa como ella ni mares, ni tierras, ni cielos!

Y, así, no hubo luna de miel (ni de arroje) para ellos, pues Júpiter logró amante ser de Europa, de Dánae, de Leda, de Antiope... Y, en fin; ¡que tronaron marido y mujer!

Con lo cual nos prueba la Mitología que no fué ninguno de los dos dichoso: ni lo fué la esposa, por su «gelosía»; ni lo fué el marido, por libidinoso...

Y, en suma: que en todas partes cuecen habas (cual reza un adagio, proverbio ó refrán), y que las mujeres se ponen muy bravas cuando sus esposos hacen el Don Juan...

CARLOS MIRANDA

DIBUJO DE ROBLADANO



DESDE PARÍS
LOS ICONOCLASTAS



Prelados franceses y españoles visitando un sector del frente francés para comprobar la sistemática destrucción de los templos en la zona que, al retirarse, abandonaron los alemanes

DEL periódico alemán *Vorwaerts*, número del 8 de Abril de 1917, y firmadas por Adolfo Koester, corresponsal de dicho periódico en el frente occidental, las siguientes líneas, que traduzco al pie de la letra:

«Estoy al Sur de Arras, en una aldea cuya destrucción comenzamos. A los dos extremos del pueblo las casas se derrumban, y de los escombros se alzan enormes llamaradas... Hemos convertido la iglesia en cuadra de nuestros caballos, y desde los vitrales policrómicos, los santos contemplan, asombrados, tan extraño espec-

táculo... A lo largo de los muros del templo, los zapadores van horadando la piedra, y en cada barreno colocan un cartucho. De carga á carga corre, sobre la pared, una cadena de mechas. Los dos extremos de esta cadena se reúnen al pie de la torre, entre cuyos cimientos hemos abierto una galería de mina donde la dinamita está ya dispuesta... *Mañana, cuando nuestros caballos hayan descansado, partiremos, luego de encender las mechas... Y la antigua iglesia volará, dando al viento el polvo de su cadáver secular...*»

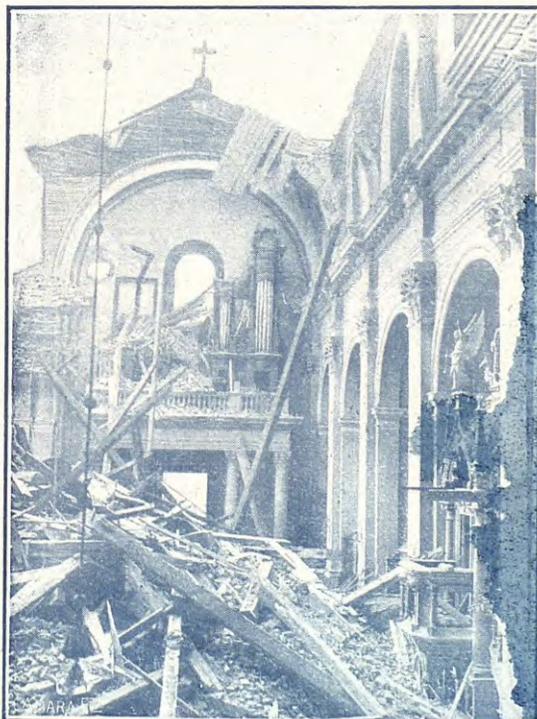
truir la torre...» También dice el mismo diario «2 de Febrero.—La batería Stenger, entre nueve y diez y treinta de la mañana, tira contra la catedral, y especialmente contra la torre. De 29 obuses, 16 hacen blanco.»

«25 de Febrero.—Existencia de obuses: 199. Consumo: 21 (catedral).»

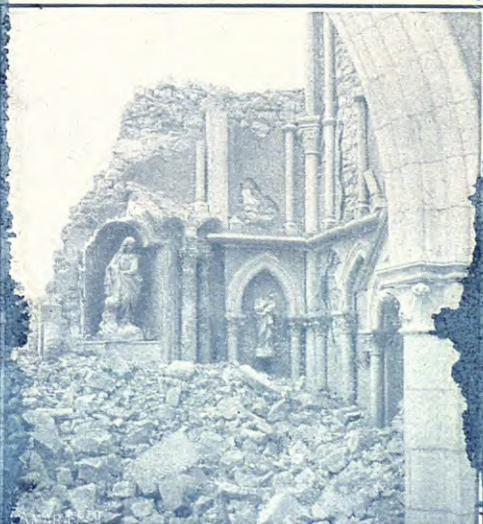
Catedrales de Reims, de Soissons, de San Quintín; iglesias románicas de los lugares del Somme; capillas de los cementerios aldeanos; calvarios que se alzaban solitarios sobre la paz de

Del diario llevado por el comandante alemán de la «Ringkanonenbatterie», apresada por las tropas francesas frente á Soissons, durante el último avance:

«31 de Enero.—La batería dispara 19 obuses contra la catedral. Varios proyectiles hacen blanco en la torre y sobre la nave. Esta comienza a arder. Hasta ahora, no hemos conseguido



Uno de los templos destruidos por los alemanes en su retirada



Lo que ha quedado de una iglesia después del bombardeo alemán



Otro de los templos que, al retirarse los alemanes, dejaron destruidos



Dos iglesias destruidas por los alemanes en el territorio francés abandonado

los campos: todos vosotros, al igual los templos suntuosos que fueron magníficas oraciones de piedra cinceladas por la fe orgullosa de los grandes, y los altares sencillos que acertó á construir la humilde reverencia de los pequeños; todas vosotras, ruinas gigantescas ó ínfimas ruinas, igualmente dolorosas y lamentables, porque fuisteis albergues igualmente gratos al Señor; todos vosotros, monumentos y testimonios del sobrehumano amor, sucumbisteis bajo el hierro y el fuego: las armas del odio infrahumano, las armas de ese odio que no perdona á los desvalidos, ni á los inocentes, ni á las plantas, ni á las piedras, ni siquiera á las cenizas de los muertos.

Fuisteis profanados, templos del Señor, y vuestros profanadores se glorificaron de su obra, porque dijeron: «Hemos convertido la iglesia en cuadra de nuestros caballos, y desde los vitrales policrómicos, los santos contemplan, asombrados, tan extraño espectáculo...»

Fuisteis arrasados, templos del Señor, y vuestros destructores se complacieron en esta obra, porque dijeron: «Mañana, cuando nuestros caballos hayan descansado, partiremos, luego de encender las mechas... Y la antigua iglesia volará, dando al viento el polvo de su

cadáver secular...» Así dijeron, así dijeron...

Y entre la universal desolación de todas las cosas muertas, alzáis, ruinas sagradas, vuestra infinita desolación... Y de entre vuestros escombros calcinados, las manos que ahora alejan de vosotros el yugo, el oneroso y sacrilego yugo, recogen, trocadas en tizones renegridos, aquellas imágenes que antaño esculpieron, con devoción ex-

tática, los monjes visionarios, los artistas místicos, los hermanos, en bondad, del dulce Asís, y, en genio, del gigante Cano...

Imágenes incorpóreas que evocaba, en silenciosa narración de mil reflejos, la luz, al bañar los vitrales... Imágenes que en la dura piedra, ó en la madera incorruptible, fueron labradas para una eternidad, en la que habían de fundirse y sucederse las eras de la fe y las de la poesía y el ensueño... Imágenes que fueron símbolos del Supremo Amor y del Supremo Dolor, cifrados en el Supremo Drama de la Crucifixión: era vuestro destino ver, rediviva y envenenada, al través de los siglos y las civilizaciones, aquella abyección humana que fué ola de incurable maldad y llevó la espuma de su amargura hasta los pies ensangrentados de Jesús.

Hela de nuevo sobre el mundo: la marea de crueles, de injustos, de inútiles odios, de odios infrahumanos, que no perdonan ni á las plantas, ni á las piedras; de odios que, como aquellos que rugieron en torno del Nazareno, son ciegos y sordos, y se niegan á la luz de los cielos y á la voz del corazón...



Iglesias románicas de los lugares del Somme; capillas de los cementerios aldeanos; calvarios que se alzaban solitarios sobre la paz de los campos: todas vosotras, ruinas igualmente dolorosas, sucumbisteis bajo el hierro y el fuego: las armas del odio que no perdona á los desvalidos, ni á los inocentes, ni á las plantas, ni á las piedras, ni siquiera á las cenizas de los muertos...

Antonio G. DE LINARES

LA ESFERA
PÁGINAS HUMORÍSTICAS



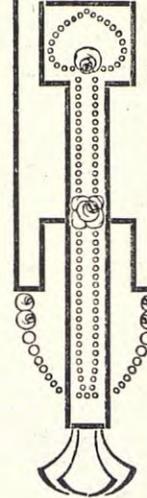
EL MAL ESTUDIANTE, dibujo de Antequera Azpiri



UN ESCULTOR
:: ARGENTINO ::



CESAR SANTIANO



Dos aspectos del grupo escultórico "El hombre y sus pasiones", original de César Santiano

HACE poco me hallaba yo en la cubierta del vapor *Reina Victoria Eugenia* de retorno de mi viaje á la Argentina, y quiso el azar que á mi lado estuviera un mozo que, con otro pasajero, hablaba de arte. El conocia bien los tesoros de la gran Italia, y le eran familiares los maestros del Renacimiento. Pregunté quién era aquel joven, y me contestaron: «—Es el escultor argentino César Santiano que vuelve á Italia, donde está concluyendo una obra magna.» Ya había oído yo este nombre, y me había sido señalado como el de un escultor singular por el brio de sus creaciones, por el carácter clásico de ellas y por el temple heroico de su alma, que había sabido dominar las adversas circunstancias que se oponían á sus amores del arte. Poco después trabábamnos conversación, y he de decir que el coloquio con Santiano alivió mis tristezas de navegante. Aquel mozo de talla mediana, hercúleo, animoso, bravo, me pareció un nuevo caso de la humanidad contemporánea. Y su historia, corta, porque él es joven, es un conjunto de rasgos conmovedores. Tal vez pueda ser citada como ejemplo de la energía triunfante.

Huérano de padre desde la niñez primera, pobrísimos, anduvo por varios oficios en busca de la subsistencia. Fué aprendiz en un taller de marmolista. Lo primero que sus manos tiernas de niño aprendieron en la lucha contra el hambre fué á convertir el mármol en pan. Pero él no se resignó á encontrar en el alba dureza de la piedra el sustento; vió que en la masa indócil, sobre la que desgastaba el vigor de sus puños, había un secreto: el de lo bello, y quiso penetrarlo. Sin maestros, sin auxilio ajeno, empezó á estudiar. Necesitaba el día para asistir á las academias de dibujo. Y con el fin de que su ocupación remunerada le dejara libre las horas de luz, se ajustó en un Circo de Buenos Aires como *jongleur de force*. Santiano había ejercitado sus músculos en una gimnasia que él mismo inventó, y había llegado á un poderío muscular asombroso. Y ahí tenéis cómo el público vario de los espectáculos circenses aplaudía cada noche al mancebo forzado que levantaba pesas de hierro y luchaba con otros hombres que tenían toda su alma en el músculo... Mientras, César Santiano soñaba con su ideal.

Un día, un distinguido miembro de la colonia italiana de Buenos Aires, el Sr. Juan Barbagelata, de uno de cuyos hijos era maestro gimnástico el artista, adivinó el talento del atleta y sus aspiraciones, y le de-



CÉSAR SANTIANO

dicó alguna protección. Santiano se ejercitó en el dibujo, con presteza tal, que sus maestros quedaron asombrados. Buscando nuevos ingresos, se prestó á servir de modelo en la Academia Nacional de Buenos Aires, y allí, mientras se ofrecía sobre el pedestal á la mirada de los alumnos, iba adivinando cómo se hace una escultura. Pocos días después, con toco cincel genial, elaboraba una estatua, *El gladiador herido*, que, apenas expuesta al público, levantó un coro de entusiasmos, y fué adquirida por el intendente municipal de la ciudad, D. Carlos T. de Alvear para que ornase una plaza porteña.

Desde entonces había ganado la partida; pero la lucha seguía. Emulos fracasados le salían al paso. Su monumento al general Mitre, que obtuvo en reñido concurso, lo ejecutó mientras cumplía sus deberes militares. El cuartel y el estudio de escultor fueron compatibles para este luchador admirable. Renunció todo favor oficial; quiso ganar su renombre sin el apoyo de las becas retribuidas; siguió peleando contra la adversidad y contra la envidia.

No caben en estas líneas ni la biografía ni los méritos de César Santiano. Servirán las estampadas como idea sumaria de una vida generosamente entregada al arte. Los grabados que adornan esta página representan un aspecto de la obra maravillosa de Santiano que se titula *El hombre y sus pasiones*. Verlo y admirarlo será todo uno. La noble concepción supone al sér humano conduciendo sobre sí la causa de su dolor y de su alegría. El ideal le abruma, las seducciones le encadenan. Va despacio en su senda, porque pesa demasiado la hermosa y trágica carga.

También se inserta el busto de la poetisa alsaciana Silva Romani, en el que se diría que la piedra adquiere la suavidad de la carne.

Todo ello acredita la presencia de un escultor supremo. Las dificultades de la ejecución se truecan bajo este cincel en temas de triunfo. Una de sus obras más hermosas es el busto de la condesa Amalia Barbierj, en el que parece que el mármol ha sido esculpido con besos, según es de dulce y amorosa la modelación.

César Santiano es joven, muy joven. Su ansia de perfeccionamiento es capaz de todo sacrificio.

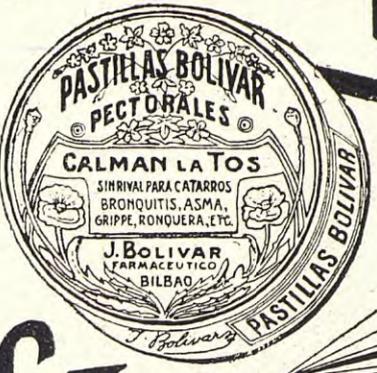
En estas páginas del arte universal no podía faltar el nombre ni la obra de este genial artista argentino.



"Busto de la poetisa alsaciana Silva Romani", por César Santiano

J. O. M.

PASTILLAS BOLIVAR



CATARROS, ASMA, TOS

Rifle de Repetición
Remington UMC
Calibre .44



El arma universal

LOS cartuchos Lcalibre .44 son los de precio más módico, en relación a su tamaño y potencia. Se usan universalmente y darán resultados espléndidos con el rifle de repetición Remington UMC calibre .44.

Se enviará libro descriptivo gratis a quien lo solicite.

REMINGTON ARMS UMC CO.
233 BROADWAY NEW YORK

Expedidores para España
UNION ESPAÑOLA DE EXPLOSIVOS
Villa Nueva 11 Madrid



PRIMERO Y ÚNICO DE SU GÉNERO EN ESPAÑA
Estación de altura: 1.700 metros sobre el nivel del mar.— Mayor sequedad de atmósfera y muchas más horas de sol que en sus similares del extranjero.— Abierto todo el año.
Para informes, dirigirse al señor Director-Gerente, Barcáizte, 3, Madrid

Willys-Overland

TRADE MARK REG. Motor Cars

Electric Lights
Electric Starter

Estabilidad

Los automóviles Willys-Overland se construyen y venden bajo

- una organización ejecutiva,
- una dirección en la fábrica,
- un departamento de compras,
- un departamento de ventas,
- un grupo de vendedores.

Estos representan la más completa clase de modelos construidos jamás por ningún otro productor de automóviles.

Existe un Overland ó un Willys-Knight para cada clase de comprador.

No importa que Ud. escoja un Gran cuatro cilindros ó un ligero Willys-Knight; le será el mejor valor en su clase y tendrá las condiciones dominantes en un Overland: fortaleza y estabilidad.

Venga á ver estos coches hoy mismo.

SOCIEDAD EXCELSIOR COOPERATIVA AUTO INDUSTRIAL
Calle de Alvarez de Baena, Garage MADRID

The Willys-Overland Company, Toledo, Ohio, U. S. A.
Manufacturers of Willys-Knight and Overland Motor Cars and Light Lorries



Yo estoy convencido

DE QUE LA

COPROBALINA,

es el único tratamiento racional é higiénico del estreñimiento y el mejor regulador de las funciones intestinales.

PRODUCTO EXCLUSIVAMENTE VEGETAL
J. BOLIVAR, Farmacéutico
Precio: 3 pesetas Correo, 20.-BILBAO

PÁGINAS DE LA PERFUMERÍA FLORALIA

Es tan familiar á toda mujer elegante
el **Jabón Flores del Campo**
de la **Perfumería Floralia**, que sin él
no se concibe una "toilette" perfecta

DIBUJO DE ZAMORA

